



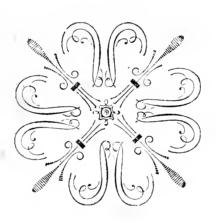
Digitized by the Internet Archive in 2011 with funding from University of Toronto

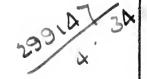
# EL PRINCIPE DON CARLOS.

LEYENDA HISTÓRICA EN VERSO.

POR

Don J. F. Diaz.





Cordoba.

Est. tip. de Don Fausto Garcia Tena, calle de la Libreria número 2.

1832.

Esta obra es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.

Todos los ejemplares llevarán esta rúbrica en prueba de su legitimidad.

## CUATRO PALABRAS AL LECTOR.



En esta leyenda ó novela, segun tu quieras llamarla, lector benévolo, ha sido mi ánimo únicamente, trazar algunos cuadros en que apareciesen personajes de tan dificil bosquejo como los que aqui presento. Héme guiado para ello por los datos mas acreditados.

Los novelistas y poetas de todos tiempos han esplotado ó su antojo esta mina riquisima é inagotable. Todos han presentado al Principe D. Carlos y á Doña Isabel de Valois como victimas; y á Felipe II como verdugo: todos han calificado la política de este de tenebrosa, y sus actos de sanguinarios; y hasta ha habido alguno que lo presente como un anciano sin energía al realizar sus bodas con la Princesa Isabel. Respetando, como respeto, la opinion de quien sabe mas que yo, me dirijo no obstante por mis observaciones propias, por lo que la razon me dicta. Creo, pues, por lo tanto, que para juzgar la política de Felipe II era necesario haber vivido en su trempo: haber estudiado las circunstancias que le obligaron é desplegarla: y para calificar sus actos, fuerza seria tambien haber conocido todas las causas que los produjeran; pues cualquiera calificacion que no tenga por base ese estudio

y ese conocimiento, será por demás aventurada. Tan parcial es á nuestro juicio la opinion de los que en su época casi divinizaron á aquel Monarca, como la de los que posteriormente le han presentado como un tirano, desnudo de todo sentimiento de humanidad.

Uno de los actos que mas se han censurado en Felipe II y que con mas negros colores se ha presentado;
el acontecimiento que mas oscuro aparece, es sin disputa
el que sirve de asunto á este pequeño trabajo. Pero á riesgo de herir algunos ánimos preocupados, me atreveré á
preguntar ¿Estaba D. Carlos tan inocente de los dos
crimenes que se le imputaban? Pregunta es esta á que
se verian embarazados para contestar los mas ciegos panejiristas de aquel infortunado Principe. Ni D. Carlos
fué tan inocente, ni Felipe II tan criminal como algunos suponen. Para juzgar al primero basta tener un corazon jóven y apasionado: para calificar los actos del
segundo es necesario algo mas; es preciso como he dicho antes un conocimiento exacto de los motivos que aquellos producian.

Sin erigirme por lo tanto en ciego panejirista del Monarca español, le concedo las cualidades de gran político y de hombre de talento y de energia. En D. Carlos he considerado siempre un jóven imprudente, voluntarioso y arrebatado: y sin disculpar enteramente su muerte (aun dado caso que estuviera fuera de duda el modo con que se le dió) por que esto seria un rasgo de crueldad si quier se atiende á que su mismo padre era su juez, creo que seguida su causa por hombres desnudos de toda pasion, el resultado hubiera sido el mismo. Que las circunstancias que á aquel hecho acompañaron fueron terribles, lo confieso: pero nunca podré darles las odiosas calificaciones que por otros se prodigan: las miraré siempre como una consecuencia del fanatismo de aquella época, ó como un resultado inevitable de la desarreglada conducta de D. Carlos. Ni el siglo diez y nueve es el de Felipe II, ni los hombres de hoy pueden juzgar desapasionadamente á los de entonces; lo que hoy se califica de asesinato, tal vez en aquel siglo se juzgaria como un sublime sacrificio.

Antes de concluir no puedo menos de rectificar una asercion que corre generalmente muy admitida. Para disculpar sin duda los amores de D. Carlos, muchos han presentado á Felipe II como un anciano poco menos que decrépito. Cuando Felipe se casó la Princesa Isabel contaba solos 53 años: edad por cierto no muy avanzada, ó la del vigor y la de la razon, quiere considerarse yá como la edad de la decrepitud. ¡A tanto arrastran la obcecacion y el espíritu de partido.





Leyenda histórica.

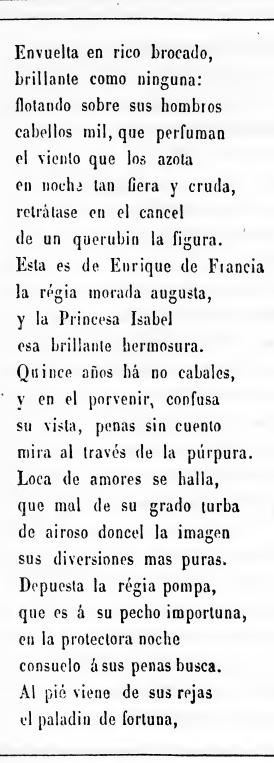
00

CAPITULO I.

Paris.

La noche está ya mediada: vace entre nubes la Luna, que mil fantásticas sombras en el espacio dibujan. Brama el aquilon soberbio, y en su carrera derrumba de flores débiles tallos, de encinas ramas vetustas. Remeda, al lamer del suelo la superficie fecunda, ora el quejido del hombre, ora del tigre la furia. Las copas de erguidos árboles, en fiera y continua lucha á impulsos del vendabal sus ramas pobladas cruzan. Horrible es aquel estrépito; horribles los vientos zumban,

y el crujir de troncos rotos, y el caer de inmensa lluvia, que de cercano torrente el agua espumosa enturbia, parece que ya del Orbe la hora postrimera anuncian. En medio esa destruccion, que males sin cuento augura, revueltos en sendas capas, en las que su rostro ocultan: alto sombrero en las sienes sin mas adorno ni plumas: botas y espuelas calzadas: pendiente de la cintura el ancho y brillante estoque, ligeros dos hombres cruzan. Ni una palabra sus labios en la soledad pronuncian, que está mediada la noche. y los instantes apuran. Llegan de gótica reja cabe la sombra confusa; óvense dar tres palmadas que el recio huracan sepulta; y despues, de una ventana el leve crujir se escucha.



que osó la altiva mirada llevar à tamaña altura. Aqui la dice sus penas, v ella complacida escucha. que el rigor de su destino es suerza al fin que se cumpla. Ignora si de su amante es generosa la cuna, pues solo de su pasion oyó la voz que la impulsa. El plazo esta noche espira, que à su continuada lucha ha de dar fin, y los vientos aquel corazon asustan. Al divisar los que aguardan sufriendo la fuerte lluvia, Doña Isabel de Valois tales palabras pronuncia.

«Caballero, el que los aires «con cántigas de amor turba, «terminen ya los misterios, «que ofenden esta clausura. «¿Sabeis que el Rey D. Enrique «me honra por hija suya?.... «Si para tan alta empresa «los méritos os áyudan,
«presentaos en la Córte,
«haced vuestra pasion pública;
«pero si no, retiraos,
«y no turbeis mi ventura.»

Calló la Dama: el doncel, con voz varonil que ofusca el rebramar de los vientos y de los truenos la furia, asi la dice: «Señora, «la reina de estos vergeles, «mas bella que los joyeles, «que vuestra frente atesora: «Grande soy, grande naci; «y en mi soberbia ambicion, «juzgué vuestro corazon » noble empresa para mi. «Desde que os víos adoré; «fuí donde quiera que faisteis, «y cuando mi, fé admitisteis, «mi ventura celebré. «Para tan osada empresa «valor tengo que me abona, «y el brillo de una corona «no me acobarda, Princesa.

«Amadme, Señora, asi
«como yo os adoro á vos;
«dejad al tiempo por Dios,
«que él os hablará por mi.
— «No os entiendo.

—Ni os importe,

» pues que tan firme me veis;

«mas que diga, no espereis,

«mi puro amor en la corte.

— «Misterio grande se encierra

«en lo que diciendo estais.

— «Señora, en vano os cansais.

— «¿Mas quien sois: cual vuestra tierra?..

— «Mi cuna, brillante sol

«iluminó con su brillo,

«y un poderoso caudillo

«me dió el ser.

— ¿Sois español?...

— «Mi Patria es hoy un secreto.

— «Mirad que tal vez lo errais
«si tal misterio guardais.

— «Descubrirosle prometo.

— «Mirad que ofrecida estoy
«al Principe de Castilla,
«y una ilusion, que me humilla,
«tras de vos siguiendo voy.

«Vuestras palabras oi, «de vuestro amor me pagué..... — «¿Y os pesa? decid.

-No á fé;

«mas temo por vos, por mi.

«Desde que en la Corte os veis,

«todo es misterios, Don Juan;

«este es el nombre que os dan,

«y temo que me engañeis.

— «Señora, en vano insistis.

— «Tan poco os merezco yo?....

«¿tan poco mi amor?.....

— «¡Ah, no!....

«¿mas si imposibles pedis?....

«Miro yo como un deber

«tranquilizar vuestra pena,

«pero mi honor me condena

«à amaros y à enmudecer.

«Vuestro amor es mi ecsistencia.

— «Muy mal, Don Juan, le pagais,

«cuando asi me atormentais

«con vuestra cruel resistencia.

— «Solo à este precio, Señora,

«mi patria y deudos dejé,

«y quebrantára mi fé

«si quier soy dijese ahora»

Aqui llegaba la plática, cuando una antorcha dibuja con su luz, al otro estremo del jardin, sombras confusas. Un hombre con lento paso, á otros dos hombres alumbra; y al divisarlos, la dama cierra de golpe, y se oculta.

«Fatál estoy esta noche,
«Marqués, en mis aventuras.
— «Leve contratiempo es este.
— «No sé que al alma le asusta,
«Marqués, que temo perder
«tanta gloria.

—Es importuna «esa prevencion. ¿No ha tiempo «que el Rey mi Señor ajusta «vuestras bodas?....

-Es verdad;

«mas el corazon aun duda,
«y es profeta el corazon
«cuando desgracias anúncia.
— «Huyamos de aqui, Señor,
«por que su marcha apresuran
«los que vienen» — Y alejandose

del jardin por la espesura, con sus bramidos el viento los ecos sordos ofusca.

La ronda que los jardines en mudo silencio cruza, llega al sitio en que há un instante de amor resonaban súplicas.

Por grados van ya perdiendose sus pasos entre las murtas.

Un rayo las nubes rasga: un trueno horrible retumba: despues en letal silencio todo el jardin se sepulta.





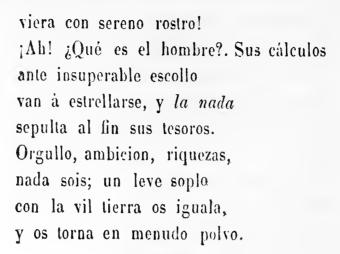
#### CAPITULO II.

#### Bruselas.

El año marcha á su término: cubre el campo de despojos, con su fuerza inevitable, la mano del triste Otoño, Los árboles va desnudos de su ramage pomposo, presentan al que los mira su duro y áspero tronco. Yermos los campos se encuentran; seco y agostado el soto; sin su verdor los jardines, y abundantes los arroyos. El tiempo marcha invariable. y tras el ardiente Agosto, su desnudéz el inxierno descubre va à nuestros ojos. Tal es la vida: fragante como el Abril oloroso, nuestra juventud se pierde entre ilusiones de oro. Risucño es el porvenir, y en nuestro delirio loco, gozamos la edad presente,



gozamos su brillo todo. Llega empero la vejez, y al despojar nuestro tronco, miramos con estupor el fin inmutable y próximo: que van cayendo à compas tantos mentidos adornos, como de esta triste vida cubrieron el falso rostro. Y cuando llega el invierno; cuando menguado despojo fueron nuestras ilusiones de ese tirano imperioso, miramos de la verdad desnudo el semblante torvo. Ante la nada temblamos: ese mas allá dudoso, el alma toda conmueve con indefinible asombro. ¡Ay mas allá de la vida!.. ¡Quien fuera tan poderoso, que de esa nada insondable surcara el profundo golfo, y sorprendiendo el vacio, que guarda el semblante lóbrego de la muerte, el mas allá



Pero dejemos al tiempo correr su camino pronto, y de ese Alcazar soberbio. salvando los muros toscos, penetremos de una estancia en el recinto espacioso. Ricos brocados la adornan, y en sus artesones góticos, se ven brillar en relieve dibujos de plata y oro. Oscura la estancia se halla, pues de una lámpara, solo la debil luz se desprende, vibrando del aire al soplo. Mil caprichosas figuras, de peregrinos contornos,



en la pared se dibujan,
con sus rayos vagarosos.
Vense tapices de Persia,
presentes de reyes moros,
mezclados con los sitiales
de respaldar ancho y cómodo.
Sobre una mesa, que ostenta
de España el blason heróico,
dos luces mas sus reflejos
esparcen leves en torno.

Sentados se hallan alli. guardando silencio torvo, tres hombres, cuyas figuras forman contraste curioso. De negro vestido el uno; de pálido y seco rostro; de barba escasa y rizada; cabello entrecano y corte, aunque se halla de la cdad en el brillante periódo; sobre su pecho ostentando del Toison el rico adorno; en la cintura el rosario; su mirar ardiente y pronto; en su apostura contrito, y en la apariencia devoto,

que el Rey Felipe segundo es aquel, conocen todos.

Brillante y rica armadura desde los pies á los hombros; larga tizona en el cinto luce vencedor el otro.

Mas edad que el Rey de España descubre al punto su rostro, que en él se marcan las huellas del tiempo cruel, imperioso.'

Este es el gran Duque de Alba, de Fiandes terror y asombro.

Costosas galas vistiendo, cubierto de mil adornos, es Don Ruy Gomez de Silva, Principe de Eboli, el otro. Hay quien dice, que olvidando la escelsitud de su Trono, por la Princesa, Felipe se encuentra de amores loco; y añaden que la privanza que el Rey concede á su esposo Ruy Gomez, en este amor tiene el principal apoyo. Pero son dichos que esparcen de su privanza envidiosos.

Con estos hombres el Rev consulta graves negocios, y tal vez de este momentoresulten fieros trastornos. Grave el asunto parece: triste el Rey y silencioso, sobre la siniestra mano descansa el enjuto rostro. El de Alba observa à su dueño, y en su ademan melancôlico, pretende leer el secreto que encierra de su alma el fondo. Ruy Gomez de Silva homilde espera el acento solo, que ha de dar á su razon rumbo en tan incierto golfo. En vano son sus deseos; todos sus cálculos, locos, que de aquella alma de marmol, no hay un destello en los ojos. Lanzando vaga mirada de aquel aposento en torno, el Rey à sus consejeros dice con acento bronco:

REY. «¿Pensais que asi de la España 8.2°

«se asegurará el reposo?

ALBA.

«Tal es, Señor, mi opinion; «con mi cabeza respondo. «Ardiendo en Flandes la guerra «que atiza el Inglés, apoyo «debemos buscar en Francia, «que corte mal tan dañoso. «Los Principes de Alemania «siguen al de Orange, y pronto «si no se acude, á sus armas «sucumbirá el reyno todo. «Metido aqui nuestro egército, «sin amigos, sin socorros, «si queda Francia à la espalda «con un carácter dudoso, «Flandes se hallará á merced «de esos principes indómitos.

REY.

«¿Y mi palabra empeñada? Duque.

«El reyno es antes que todo.

«¿Y vos qué decis, Ruy Gomez?.. «Quiero escuchar vuestro voto, «que es delicado el asunto,



«para resolver de pronto. «¿Sabeis que mi hijo Don Carlos «es el prometido esposo «de Doña Isabel?

EBOLI.

Lo sé.

REY.

«¿Y no estrañarán si rompo «la palabra que les dí? Y con mirar imperioso clavó sus ojos el Rey en Ruy Gomez: pero docto en este juego el de Silva,

le contestó:

EBOLI.

«¿Y si respondo,

«Señor, con la libertad «que cumple à vuestro decoro, «podré esperar?..

REY.

Eso quiero;

«franqueza y lealtad tan solo.

EBOLI.

«Pues, Señor; hay una ley «que deben guardar los Tronos, «si han de llamarse del pueblo «fundadamente el apoyo. «La salud del reyno; ante ella «no hay sacrificio costoso.

REY.

«Solo el bien de mis vasallos, «el evitarles trastornos, «puede lanzarme otra vez «del mundo al revuelto golfo. «¿Mas cual será de mi hijo «el pesar, si hago ilusorios «su porvenir, su esperanza, «el bien qué miró tan prócsimo?.

EBOLI.

«Señor, es joven, y el tiempo «otros pesares mas hondos «con su poderosa mano «destruye al fin.

REY.

¿Y si loco -

«por su despecho impelido «le presta al rebelde apoyo?

DUQUE.

«Decis bien, que su presencia «reclaman, y puede el foco «de la rebelion hacerse «mas temible y poderoso.



EBOLI.

«¡Vano temor!..

DUQUE.

¡Plegue al Gielo! «Mas si es el temor oprobio, «confiar cuando se juega

«quizàs del reyno el reposo, «es crimen que no hay castigo

«bastante para él. Yo invoco,

«Señor, antiguos sucesos, «pasados ante nosotros.

«El carácter de Don Carlos,

«su genio discolo y pronto,

«sus estudios, sus amigos,

«en todo, Señor, recojo

«datos para el porvenir,

«que ven sangriento mis ojos. .

«Don Juan de Austria, en su delirio,

«quiere levantarse un Trono,

«y el poder que hoy le otorgais

«es à su ambicion ya corto.

«En su impaciencia, Farnesio,

«con un corazon visoño,

«anhela de las batallas

«pisar el sangriento polvo.

«Todos son males, Señor:

«obstáculos son ya todos;
«y si D. Carlos casára
«con Doña Isabel, su arrojo
«cobrára nuevos impulsos,
«de Francia con el apoyo.
«De tardo acusára al tiempo:
«viera en su Padre un estorbo.
«Entonces rasgado el velo
«que encubre su plan diabólico,
«la sangre vertida en Flandes
«diera fruto vergonzoso:
«la Religion se hollaria,
«y con general asombro,
«las máximas de Lutero...
Rey.

«Callad, callad, me sonrojo.

Duoue.

«Esta es la verdad, Señor.

REY.

«¡Bien, por mi mal, lo conozco! «Mas no han de decir de mí, «que de mi nombre en desdoro, «fomenté la irreligion «en mis dominios remotos. «Mi brazo alcanza hasta allí; «y de mis tercios heróicos



«de Castilla, los Flamencos
«han de sentir el enojo.
«Duque de Alba, está resuelto;
«seré de Isabel esposo.
«La paz de Chateau Cambressis
«desde este momento acojo.
«Partid vos á concertarlo:
«haced que el plazo sea corto,
«que es mi impaciencia muy grande,
«y el peligro está muy próximo.»

Esto dijo, y levantándose
con gravedad y aplomo,
dejó á sus dos Consejeros
mudos de placer y gozo.
— «Ya es nuestro, dijo el de Silva.
— «Mirad que el tiempo es precioso:
«marchemos:» dijo el de Alba,
y apoyándose en el hombro
de Ruy Gomez, de la estancia
salieron en gran coloquio.



#### CAPITULO III.

### Relacion indispensable para la inteligencia de esta historia.

¡Cuán ciegos los hombres marchan!.. ¡Cuán breve es y transitoria la felicidad que el mundo les brinda en su aleve copal En alas corren los unos de su fantástica gloria, v juzgan que à su capricho no hay altivéz que se oponga. Virtudes, honor, palabras, son para ellos vana fórmula, si dándolas al olvido sus planes inicuos logran. Otros, siguiendo el impulso de sus pasiones indómitas, incautos se precipitan, con sus ilusiones gozan, sin oir de la verdad la voz grave y protectora.

Grandes cálculos se hacian; treguas, veinte veces rotas, por ver quien engaña á quien,

de nuevo á la luz se evocan. Condiciones ya admitidas, por una parte y por otra, se cruzan por asentar la paz general de Europa. Italia y Flandes por todos la presa es que se ambiciona. Francia, España y Alemania lanzan sus huestes briosas à aquellos campos floridos, que en mudo yermo se tornan. El Papa tambien su gente súbito á la lid arroja, y mas que ella, en la balanza el nombre de aquel importa. Venecia, Inglaterra y Génova, Parma, Milan y Saboya, en la empeñada contienda sijan su mirada ansiosa. Esperan unos que el tiempo despeje un tanto la atmósfera, para disputar entonces al vencedor la victoria. Dudan otros el partido que habrán de seguir, y en hondas cabilaciones se pierden,

porque es la eleccion dudosa.

De tiempo antiguo se dijo que eran resueltas las bodas del Principe de Castilla con Doña Isabel; mas rotas están hoy estas palabras; hoy diverso rumbo toman los negocios, y á la lucha todas las armas se aprontan. Velado con el incógnito al Principe se le otorga licencia y marcha a Paris, dicha que su alma ambiciona. Llega, y al momento herido de una mirada, se postra, y su corazon sucumbe, y alhaga él su pasion loca. Cuán bella es Doña Isabel: su voz cuán dulce v sonora!.. Juró no ser conocido. y entre la nocturna sombra bebe en sentidas palabras el fuego que le trastorna. Nadie sospecha su alcurnia, que solo D. Juan le nombran, y siempre en su compañía

vá el noble Marqués de Poza. Jóven tambien como el Principe, de alma ardiente y generosa, es un amigo querido, es una brillante joya. Pero jay! que son vanos cálculos... ¡Cuantas amargas congojas se ahorráran, si la Princesa fuera à ese cariño sorda!... Viudo Felipe segundo, faz nueva el asunto toma, y surgen otros obstáculos, y nuevos proyectos brotan. Oyese empero el clarin en las riberas del Soma. que alli sus reales asienta de España la hueste heróica. Acude al punto el Francés, pronunciase su derrota. y al nombre de Filiberto. que la castellana tropa guia al combate, San Quintin sus puertas abre y se postra. La fama de esta batalla se estiende jigante y pronta, y una octava maravilla,

55

para perpétua memoria, se levanta en San Lorenzo del Guadarrama á la sombra. Fijase entonces en Francia la atencion, v voces sordas comienzan á circular de una avenencia muy próxima. Susúrranse los artículos: cada cual los acomoda á su capricho, ó al lucro que à su ambicion le reportan. Al fin en Chateau Cambressis la paz arreglar se logra, y llanto y placer á un tiempo de tal convenio rebosan. Conciertanse de Isabel (1) y Margarita las bodas, con el Monarca de España y el Gran Duque de Saboya. Han de dar à Filiberto lo que con ventura corta perdió en Fiamonte; y à Génova devolver la Isla de Córcega. Lo demás que se convino en una paz tan famosa se calla, por que sus cláusulas



agenas son á esta historia. Este tratado asegura la tranquilidad de Europa, si bien su primer artículo dos corazones destroza... ¿Qué fué de las ilusiones que en su delirio se forjan? Llanto el destino les guarda; y en continuada congoja, sobre el corazon llagado irá á caer gota á gota. Recibe una orden el Principe: «Que en camino dentro una hora, le dice el Rey, sin escusa y sin réplica se ponga.» Mil sospechas le combaten, y su angustiosa zozobra no le es dado disipar con su cariño al de Poza, Emprenden su marcha al fin, y al pasar el Bidasoa, «¡Adios!» esclama D. Carlos; y llanto sus ojos brotan.... ¡Ay, que son aquellas lágrimas de males mil precursoras!

# CAPITULO IV.

## Cuatro meses despues.

La noche se desliza misteriosa: su densa oscuridad, á la malicia del criminal perdido de capa sirve, y de ella guarecido, esquiva audáz la ley y la justicia.

Marcha á pasos jigantes á perderse del inmutable tiempo en el espacio, sin dejar en pos de ella rastro ninguno, y con su planta huella la rústica cabaña del mendigo, y del magnate espléndido el palacio. Es como leve arena arrebatada del huracan por la revuelta furia; es una gota de agua mas, lanzada en el Occeano oscuro de la crüel, de la insondable nada.

¡No volverá!.. de imperceptibles horas los siglos ván formandose, y los hombres con impasible calma las ven en lo pasado confundiendose, sin reparar que en ellas van perdiendose horas á la virtud, goces al alma.

Brilla la luna: del adusto Enero



que al mísero mortalhielos prodiga, el sol que lucirá será el postrero.

Los vientos por do quier soberbios rugen, y á su impulso violento, roto el desnudo tronco se desplema, y en cerrado aposento puertas macizas de continuo crujen.

Mudo silencio reina en el espacio: siniestra oscuridad las calles cubre: como remedio al cuerpo fatigado, al benéfico sueño el hombre apela, sin que por otro ruido sea turbado, que por la ronca voz del centinela.

«¡Alerta!» grita el uno: otro responde «alerta!» y cada vez menos distinto, este grito en los aires se confunde: el eco en lontananza al fin se esconde, y al despedir su vibración postrera, todo otra vez en el silencio se hunde.

Como jigante roca, una mole orgullosa se destaca de entre la sombra; al aquilon resiste; desprecia su furor, su ira provoca, que á la fábrica audaz de que se viste, es de los vientos la arrogancia poca. Gótica torre sus estremos guarda, como fiel y avanzado centinela, y en la puerta sencilla, con pie seguro, aunque con marcha tarda, vigilan impasibles dos guerreros de los heróicos tercios de Castilla.

Esa mole jigante,
que esconde entre las nubes su cabeza;
ese edificio inmenso y arrogante,
que ostenta de su dueño la grandeza,
guarda el sueño agitado
del Monarca español enamorado.
Solo una luz opaca reverbera
á través de la gótica ventana;
escasa, vacilante,
como el faro que marca la carrera
á incierto navegante,
repuesto apenas de borrasca fiera.

Tristísima es la luz, debil el rayo rompiendo del cristal el hielo duro: su pálido desmayo, fluctuando en el misterio de aquella soledad, semeja opaca la vacilante luz de un cementerio. Todo á meditacion alli convida; todo á pensar que en soledad que espanta, y en la nada, se pierden

las breves horas de la triste vida.

Como sarcasmo horrible, una voz compasada se levanta del soldado impasible, que por adormecer quizá sus penas, troba picante en el silencio cauta.

La dicha y la desgracia dentro habitan: el pasado y presente se confunden: al presente le agitan del porvenir las esperanzas gratas, y al pasado le hunden en desesperación de un bien perdido memorias á la vez dulces é ingratas.

Dos hombres cobijados bajo un techo: el placer y el dolor, he aqui su estrella. En el verano de la vida el uno abre su oscuro pecho de próxima ventura à la luz bella.

El otro en el Abril padece y gime; pasó la edad para él de bienandanza; y este recuerdo el corazon le oprime, y le cierra por siempre á la esperanza. ¡Oh que es horrible!. con el alma ardiente sentir la vida en nuestra edad primera, inmenso el porvenir, su fin distante,

y haber humildes de doblar la frente,

porque sale à estorbar nuestra carrera obstàculo jigante.

Y no lograr con brazo poderoso, libre y franco dejar nuestro camino, y en vivir afanoso sin ilusion, sin fé, sin esperanza, sucumbír á las leyes del destino.... ¡Fuera mejor morir aun en la cuna, que asi juguete ser de la fortuna!.

La noche corre à su postrer momento, y al lucir por Oriente el nuevo dia, del sol que ha de alumbrarle maldecirà un doncel la luz impia.

Ahí duerme, en esa estancia:
con pesadas y grandes colgaduras
las paredes cubiertas:
de afamados artistas las molduras
en los techos y puertas:
los anchos y magnificos sillones:
blandas alfombras, lámparas de plata
luciendo los blasones
de la potente España, los sentidos
dejan por tanto lujo adormecidos.

Tambien allí el silencio de la tumba: leve rayo una lámpara despide: la debil luz que las tinieblas rompe la vista en breve circulo la mide.
La oscilacion contínua,
el escaso lucir de sus reflejos,
de que la noche avanza
es señal infalible, y que del dia
el astro bienhechor no està muy lejos.

Junto à una mesa inmóvil, silencioso, la mejilla en su mano descansando, un apuesto doncél, de rostro hermoso, con un libro el insomnio esta engañando.

Al otro estremo sobre blando lecho, que acaricia bordado cortinaje, otro joven brioso en vano intenta con el sueño en su pecho desvanecer de amor recia tormenta. Cinco meses no mas ha que de España pisó otra vez el floreciente suelo, y al divisar su ciclo, como en region estraña, cubrió su corazon un denso velo.

Era entonces feliz: joven y amante dichoso porvenir le sonreia, y con poder bastante à ninguno envidiaba, ni de la suerte el vendabal temia.

Mas una hora, un momento,

le arrebató su apetecida calma, dejandole al huir, para tormento, llanto á los ojos, inquietud al alma.

Era entonces amante: hoy le arrebatan la dulce prenda de su amor querida; todos al robador por Rey acatan, y él en tanto su herida obligado á esconder, á Dios le ruega que ponga fin á su angustiosa vida.

Yace sumido en hórrido letargo; inquieto sueño por su mente cruza, pues con reir amargo ora sus labios el placer separa, ó en combulsion terrible ora tambien en su sourisa pára.

Súbito el otro su leer suspende, le mira: «¡infeliz!» dice, y de sus párpados lágrima de cariño se desprende. En medio aquel sileucio un hombre canta: un soldado es, que el sueño con sus groseras trobas asi espanta.

Canta fuera el centinela.

«Mañana se junta el Rey
 «en suave y grato soláz,

«con una niña hechicera.

«¿Tendremos por esto paz?..

«¡Dios lo quiera!

«Es el Rey muy poderoso:

«ella es la misma hermosura,

«segun la fama parlera.

«¿Durará tanta ventura?...

¡Dios lo quiera!.»

Apena escucha el joven silencioso la atrevida cancion del centinela, en su ademan ansioso de honda inquietud la desazon revela.

EL Marqués.

¡Maldito amen tu labio descompuesto; maldita tu cancion!..»

- «Marqués,» esclama, de su letargo el Príncipe repuesto: «escuché una cancion...»

El Marqués.

Como la noche forma à la luz de vacilante llama sombras vagas, tambien asi los vientos finjen en el silencio hondos lamentos.

EL PRINCIPE.

No, Marqués, escuché la voz de un hombre,



y aun pienso que mis males insultaba:
no porque yo me asombre,
pues de ludibrio servirá algun dia
á la futura edad la pasion mia....
¿No escuchas?.;otra vez!. no me engañaba;
canta, soldado, y tu ventura veas:
canta, soldado, si.

EL MARQUÉS.

(¡Maldito seas!)

## Canta el centinela.

«De los treinta pasa él ya, «y tiene el cabello cano: «ella está en su primavera «y él entra ya en el verano!.. ¡Ay, Dios quiera!..

Cada palabra que el cantor lanzaba, era un puñal agudo que el corazon del Principe rompia. Fijo, inmóvil estaba sobre el mullido lecho ya sentado, la vista no movia, y con el rostro de sudor bañado la imagen de la angustia parecia.



Cinco meses no mas han transcurrido, desque en Paris, galan enamorado,
Don Juan el Caballero
miró su amor pagado,
y era aquella pasion su amor primero
¡Cinco meses no mas, y hoy su mejilla
pálida estál.... Su vista vacilante,
su incierta voz, revelan
que sufre y llora el corazon amante.

¿Qué se hicieron los sueños de ventura, que alhagaron su ardiente fantasia, y que la noche oscura tornaban en París en claro dia?.....
¡Ay, ya no son!.... De la verdad severa se alzó la voz, y su poder deshace tanta dulce quimera:
la realidad de sus cenizas nace, y adusta soberana al fin impera.....

Largo rato ya hacia
que el eco caprichoso
las voces del cantor no repetia,
y con mirar ansioso
fijo siempre en la gótica ventana,
el Principe D. Carlos aun seguia.

Et PRINCIPE.

Mientes, gritó: tu lengua audaz, liviana,

y to voz inhumana
apagaré con lágrimas de fuego.
Ella me amaba, si: razon de estado
la hizo olvidar su antiguo juramento:
pero su pecho altivo es un sagrado,
y jay! del que en torpe acento
quiera empañar su honor inmaculado.

Padezca y sufra el loco, que no alcanzó á leer su desventura del porvenir en las confusas ojas; mas si estimase en poco de su nombre brillante la honra pura, el corazon rompiéndome, yo mismo labraré mi sepultura.

EL MARQUÉS.

Señor, tranquilizaos; mirad que la pasion que asi os ajita, con su mano terrible, de vuestra juventud la flor marchita.

EL PRINCIPE.

No, no es posible; indestructible, inmensa, como la luz que alumbra el firmamento, micorazon devora: aun resuena en mioido aquel acento; su voz encantadora

oigo amorosa para mastormento....
¿Y habré de verla en los amantes brazos de otro mortal?.... ah no: que esas caricias; esas voces dulcisimas; los lazos que en breve la unirán; esas delicias que un momento soñé con ansia loca, son una horrible injuria, un rudo torcedor que me desboca, y que me hace temblár mi amante furia.

Sé que es mi Padre, sí: sé que en España no hay voluntad que ante la de él resista: sé que á un amago de su justa saña confundido caeré, como los vientos al correr arrebatan leve arista.

Pero esta llama audaz que me tortura; este inmenso volcan que el alma abrasa, no pára mientes en tan grande altura, y esa temible y real omnipotencia, comparada con él la juzga escasa.

Hoy llega, hoy, Marqués; y yo doblando mi trémula rodilla, mis violentos suspiros aqui ahogando, cual súbdito primero saludaré á la Reina de Castilla!.... ¿Comprendes tu, Marqués, este combate? ¿Comprendes que este rudo sacrificio mis esperanzas todas hoy abate, y que á esta sola idea, de desesperacion el pecho late?...

Esa Reina que viene, esplendorosa de juventud, de vida, de hermosura, fué mi ofrecida esposa: fué la ilusion que en noches de amargura soñó mi mente ausiosa, cual angel de placer y de ventura.

El Marqués.

Señor, ya luce el dia: ya los primeros rayos de la aurora las puertas abren del pintado Oriente.

Et PRINCIPE.

¡Oh luz hoy destructora de mi ilusion, de mi cariño ardiente, ¡ayl.. á tus rayos muere mi esperanza!..

EL MARQUÉS.

Serenad vuestra frente.

EL PRINCIPE.

Si; pasó ya de amor la bienandanza, quiero esconder mi sufrimiento loco: quiero secar mis lágrimas, y con voz impasible y faz serena, trocar en soareir mi amarga pena. Dijo, y saltando del mullido lecho, á un agudo sonido que súbito lanzó pito de plata, vióse el cuarto invadido de pages y escuderos, rápidos á acudir á aquel silvido.
Rumor confuso, fuera de la estancia, de pasos presurosos reproducen los régios artesones: solicitos, ansiosos, ostentando su lujo y sus blasones, los grandes y pequeños se disputan en tan alegre dia de la puntualidad la primacia.

Cual si inmenso placer tambien sintiera, el Principe D. Cárlos se engalana: y en su forzada risa, y en su mirada por demas austéra para edad tan temprana, se advierte que un pesar hondo lacera aquella alma lozana.

Júntanse en el espacio de aquellas altas y anchurosas salas, Grandes, nobles, sirvientes de palacio, mientras de ricas galas cubriéndose, la victima parece



el Principe D. Cárlos, que en holocausto general se ofrece.

En tanto allá en los patios, tascando el duro freno mil corceles arrojan blanca espuma, que cubriendo pretales, y caireles, brutos parecen de rizada pluma. Suena un clarin;

— «Señor, Hegó la hora,»
dice el Marqués al Principe Don Cárlos,
EL PRINCIPE.

Tengo valor; de mi pasion traidora: si se asoman destellos á los ojos, con mano poderosa sabré ahogarlos, y volverán al alma por despojos.»

Y con altiva indómita arrogancia; con reposado y grave continente, al alejarse de la rica estancia seca el sudor de su ardorosa frente.



#### CAPITULO V.

#### El dia 31 de Enero de 1560. [2]

I.

Luce brillante en el cielo el astro consolador, y caen deshechos al suelo por su templado calor grandes témpanos de hielo.

Tranquilo se muestra el dia: sereno el ambiento está, y aunque la atmósfera es fria, rápida perdiendo vá del hielo la fuerza umbria.

Gran suceso se prepara, segun la fama parlera, y de concurrencia rara se llena la carretera que marcha á Guadalajara.

Caballos, carros, peones, cruzan con ansia y afan, y en confusos pelotones revueltos vienen y van rices, pobres è infanzones.



Aqui un grupo de pecheros con estruendosa alegria, en guisa de romeria llevan al hombro, ligeros, viveres para aquel dia.

Mirar por allí amedrenta rápidos ir dos corceles: la envidia á los dos alienta por conseguir los laureles en su carrera violenta.

Mas allá se oye la grita que en tumulto despiadado dan á un carruage volcado, y la compasion no escita el lance aquel desgraciado.

Por allí viene altanera en su carroza ligera, mas que las flores galana, una gentil cortesana de espléndida cabellera.

La cercan pages vestidos de galas ricas, brillantes, y sobre el pecho flotantes llevan blasones unidos de dos familias jigantes.

Tropa de à pie y de à caballo

custodia el carruage aquel, de insultos para librallo, que no ha de ir con el tropel quien tiene tanto vasallo.

Mas allá con paso tardo varios frailes se adelantan metidos en tosco fardo, y enmudecen los que cantan viendo aquel hábito pardo:

Todo es luego confusion; todo desorden y bulla, y lanzan sin compasion á cada dama ó varon una grita ó una pulla.

Y nadie de ello se ofende: nadie por ello se pica: pues si alguno lo pretende, la burla mas se complica, y à insultos quizàs se estiende.

Es un cuadro peregrino mirar aquel torbellino; pues por influencia estraña parece que toda España se junta en aquel camino.

Es un occéano viviente la tierra en aquel parage, y hasta el rebramar so siente del continuado oleage, por tanta agrupada gente.

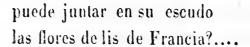
Parece al mirar el suelo cubierto de mil colores bajo el azulado cielo, inmenso y tendido velo sembrado de gayas flores:

O en ámbitos apartados, sobre las revueltas olas cual lucen engalanados esquifes mil adornados con cintas y banderolas.

Todo allí muestra contento; todo ajitacion, locura: uno es solo el pensamiento que reina en aquel momento: la eterna paz, la ventura.

A esto se reducen todas las pretensiones del dia; pues tras de larga agonia, ven con las próximas bodas nacer la antigua armonia.

¿Quien. detendrá la arrogancia del Leon español sañado, si en su audaz preponderancia,



II.

Un grupo à todos detiene en medio aquel alborozo; de Guadalajara viene, y al verle venir, el gozo de la turba se contiene.

Subido sobre un bridon, que al sentir la sujecion, émulo digno del viento, desde la cincha al arzon cubre de espuma violento;

Un joven bello y altivo dirije el bruto animoso, que con sus cascos, esquivo, hiriendo el suelo arenoso bate soberbio el estrivo.

Es la lucha entre el poder del hombre y del animal: combate este por romper el freno, que por su mal le hace à despecho mover. Joven es; apenas toca



el caballero en su Abril, y en sus ojos y en su beca se leen sufrimientos mil, y casi á dolor provoca.

Pálida está su mejilla; pálida tambien su frente, y en su fijo mirar brilla de alguna pasion ardiente la envenenada semilla.

Al verle asi caminar con tantas galas brillante, parece que ácia el altar, cual victima vacilante, marcha la muerte á buscar.

Rico vestido le cubre de terciopelo bordado, y sobre el pecho ajustado la noble insignia descubre del cordero inmaculado.

Negro es el fuerte corcel, nacido en Andalucia; y las galas del doncel blancas, y de pedreria con uno y otro joyel

Profusas, plumas azotan el viento, desde el sombrero de aquel gentil caballero: parecen aves que flotan en medio del crudo Enero.

Recio estoque su cintura suspende, y la aguda espuela de estraña cinceladura, sobre la bota segura, hundirse en el bruto anhela.

Señores mil le acompañan luciendo en los escusones sus conquistados blasones, y las espuelas ensañan en los soberbios bridones.

Unidos van á compás cien aguerridos jinetes de aquellos grandes detrás, y el sol resplandece mas hiriendo en sus coseletes.

Las lanzas pendientes llevan en la cuja descansando, y sueltos, libres flotando, los banderines se elevan á impulsos del aire blando.

El tropel los brutos hienden con breve y altivo trote, mientras librarse pretenden con uno y con otro bote, que mas su cólora encienden.

Al pasar: «Viva Don Carlos»: gritó la turba á una voz; y escasa es ya á sujetarlos la mano diestra, veloz, de los que quieren mandarlos.

Sobre las piernas derecho el del Principe se tiene; y un mar de sudor ya hecho, lanza un bufido del pecho, y sus alientos retiene.

Despues los brazos abate, y echando espuma su boca salta, que á nuevo combatopor esgrimido acicate hondo dolor le provoca.

Pero es nulo su furor, todo su ardimiento es vano, pues viene à morir su ardor, obedeciendo à la mano de su adiestrado Señor.

Una sourisa fugaz, cual rayo en nublado dia, cruzó ligera, sombria, á revelar en la faz del Principe su agonia.

Y haciendo un saludo breve à los que «Viva» gritaron, tápido el caballo mueve, que ardiente el espacio bebe al punto que le escitaron.

En pos de él todos se lanzan: las armas al sol reflejan: nube espesísima dejan: en breve espacio le alcanzan, y de la Ciudad se alcjan.

En tanto la turba marcha siempre alegre, bulliciosa, por ver la fiesta famosa, rompiendo la blanca escarcha con su planta presurosa.

HI.

En medio su carrera se ostenta el sol brillante, sin que una sola nube su resplandor empañe. Para gozar tranquilos de aquel calor suave, los míseros reptiles de sus guaridas salen.

Los pájaros gozosos
sacuden sus plumages,
y dando alegres trinos,
se pierden en los aires.

Todo es contento y júbilo:
los hombres y las aves
parece que celebran
con trinos y cantares
del próximo himeneo
las fiestas admirables.

Cual misera barquilla,
que en medio de los mares
presa es del rudo impulso
de recios vendabales,
asi de ingrata suerte
la fuerza inevitable
siguiendo á su despecho,
D. Carlos de allí parte.
Dos leguas ha corrido
sin que á sacarle basten
del hondo parasismo,
en que abismado yace,
ni el tiempo que transcurre,
ni el sol que ardiente cae.
Un solo pensamiento

su espiritu combate: ni el cansancio le aqueja, ni el ruido lo distrae, que allà dentro del alma, donde nació jigante, de una ilusion perdida, presentale la imagen. Terrible algunas veces sus animos abate, y la verdad, los sueños de su ilusion deshace. A veces la acaricia, huyendo realidades, y en pos de ella se pierde su entendimiento fragil. No hay dicha ni ventura de esa ilusion aparte; es su único delirio, es su ensueño constante: y asi cuando à la vida su espíritu se abre, de eterno sufrimiento presentale los males. No hay medio: su camino sembrado de pesares, es fuerza que le cruce

con ánimo indomable: en medio de él, terrible la muerte irá á encontrarle, ó de impensada gloria quizás la sombra abrace. Vano es que de luchar con el destino trate; para esta lid, del hombre la fuerza no es bastante. Ya lo intentó; á la idea del desigual combate se avivan sus deseos, sus animos decaen. Asi ya no lo intenta, pucs à poder tan grande, que logre resistir su voluntad no es dable.

Cubiertos van de polvo el Principe y los Grandes: sudosos los corceles; sangrientos sus hijares; apenas á la espuela sus ímpetus renacen. De pronto se detienen; la nube que há un instante á todos envolvia,

por grados se deshace. Allà en el horizonte se mira levantarse confuso torbellino que sube en espirales. El sol tambien refleja de petos y espaldares sobre el bruñido acero, sus ráfagas brillantes. «Seño», llegó el momento». le dice en voz suave al Principe el Marqués de su abstraccion sacándole. Cual si de horrible sucño entonces despertase Don Carlos segestremece: su vista inmóvil antes, en torno incierta gira,. en nada sin sijarse. Al fin de aquella nube que viene adelantandose,. con la movible forma va rápida á encontrarse. Un jay! ahogado se oye,. profundo, inimitable: ¡fuerza es que mucho sufra

quien lanza tales ayes!...

El de Poza le mira

con ojos penetrantes.

El Principe se vuelve,

é hincando en los hijares
la espuela, con voz firme
grita al punto: «Adelante.»

Y marchan en silencio,
previendo mil pesares
de aquel jay! que en el alma
de todos fué à clavarse.

Cercada de guerreros,
de nobles y de pages,
avanza una carroza,
tirada de alazanes.
Espléndida hermosura
de rasgos virginales,
de luenga cabellera,
en ella inquieta yace.
Apenas quince veces
miró nacer fragante
la rosa matizada
de púrpura, y de mate,
y ya su alma á memorias
tristísimas se abre.
Es bella como el sol,

es pura cual los ángeles, que en torno del Altísimo celebran sus bondades. Inquieta viene y triste, que próximo el instante está, en que sus recuerdos en llanto han de trocarse, sin que uno solo, uno, su desventura alhague. Mirando aquella nube, que se disipa y nace, su corazon con fuerza dentro del pecho late. Al fin llegan: un «Viva» por una y otra parte confuso el aire puebla con algazara grande. El Principe las riendas pone en manos de un page, y con paso seguro, con erguido talante, se acerca à la carroza seguido de los grandes. De pié, inmóvil y muda ya fuera del carruage la dama, con la vista



fija en el suelo yace. «Señora:» dice el Principe; sus labios se contraen, y ahogado, imperceptible, su acento apenas sale. Hincando una rodilla ante ella, el que arrogante no hay poder que respete, humilde aqui se abate. Tiéndele ella la mano su deber indicandole. y al besarla sumiso, cual si de oculto áspid sintieran el veneno, su sangre toda se arde. Tórnase ella mas pálida que la azucena fragil, y se levanta el Príncipe sin fucrzas, delirante: sube ella en la carroza: recibe él de su paje las riendas, y otra vez con el rudo acicate, del generoso bruto desgarra los hijares. Ni una voz, ni un acento rompe el silencio grave, pues fijas en su mente terribles realidades, vano es que del destino pretendan libertarse. Marchan pues en silencio, sin que à turbarle basten los grupos de curiosos que miran acercarse.

### IV.

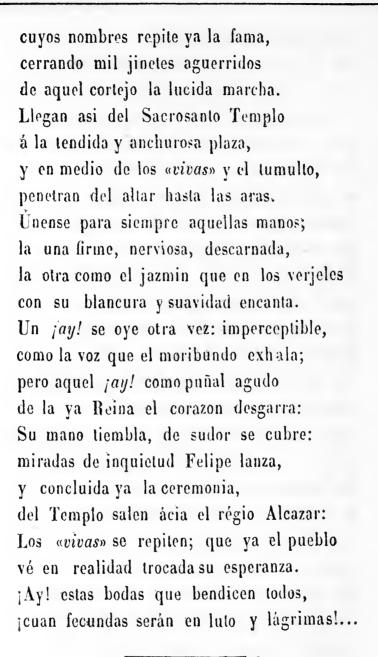
Truena el rudo cañon: el aire aturden con sus vibrantes voces las campanas, cuyos sonoros ecos al formarse rápido en su carrera el viento arrastra. Ricas telas, vistosas colgaduras cubren dó quier las góticas ventanas, y los balcones y las calles pueblan galanes caballeros, nobles damas. De bellas flores tapizado el suelo, que suave aroma en el ambiente exhalan, profusa alfombra de colores forma, que huella del tropel la ruda planta. Confúndense cruzando en remolinos

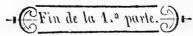
la estrecha calle, la anchurosa plaza, con sus ricos adornos los Señores, y los pecheros con sus pobres galas. Todo respira gozo y alegria: es un pueblo feliz Guadalajara, pues en sus muros à enlazarse llegan las blancas Lises al Lëon de España. Fija en el porvenir la vistatienen los que anhelan vivir en dulce calma, que de esa union que estingue los rencores nace de eterna paz grata esperanza. «Vivas» sin cuento por dó quier resuenan à los labios saliendo desde el alma. y en ronco son, alegre, bullicíoso, del bronce herido el revibrar apagan. Suenan clarines, presurosas jiran en varias direcciones grandes masas, que el momento se acerca de la fiesta, y verla cada cual quiere á sus anchas. Unos reacios su camino siguen; otros sobre las rejas se encaraman, otros de los formados escuadrones se colocan veloces á la espalda. Sobre la fuerte silla descansando, sujetas con la diestra rudas lanzas, cien jinetes en potros cordobeses

de aquella procesion abren la marcha. Flotan libres los cortos banderines, como de esquises pintorescas slámulas, y el pendon que del uno al otro estremo cruzó triunfante la risueña Italia. Va en pos de ellos el Clero silencioso; y en marcha imperceptible y compasada, como sombras inmobles se deslizan una à otra siguiendo órdenes varias. Van allí los varones robustísimos, de rostro obeso, de anchurosa espalda, que del Beato Gerónimo la regla en su retiro escrupulosos guardan. En pos de ellos los cándidos Jesuitas, hijos de San Ignacio (que Dios haya,) de las restantes órdenes malquistos, por su antigua y audaz preponderancia. Del Seráfico Padre San Francisco van alli las Obejas agrupadas, despues de los Jesuitas, los primeros en riqueza, en saber, en importancia. Siguense los enjutos capuchinos, de humilde aspecto, de abundante barba, en el suelo la vista siempre fija, y en los goces eternos fija el alma. Firmes el voto de pobreza cumplen,

de obediencia tambien dan pruebas claras, que de este mundo vil en las miserias, sus virtudes seráficas esmaltan. Siguen despues los nobles caballeros de Santiago, Montesa y Calatrava, ostentando en los mantos las insignias que de su alcurnia el esplendor ensalzan. Los de Alcántara, insignes como ellos, marchan alli, que en ocasiones varias. las cuatro órdenes fueron las columnas que el Castellano Trono sustentáran. Signen despues altivos infanzones, nobles doncellas, peregrinas damas, brillantes con sus joyas y hermosura, que al mismo Sol sus luces arrebatan. Detras de ellos camina silenciosa de rico Pálio bajo sombra escasa, Isabel de Valois, que al Rey Felipe amor le vá á jurar ante las aras. Terrible palidéz su rostro cubre; y el velo celestial de sus pestañas rompiendo, de su lánguida pupila, honda mirada de dolor se escapa. El Rey marcha á su lado; el negro traje que le cubre del pie hasta la garganta, de su enjuta mejilla la blancura,

sobre gola finisima destaca. Del Toison el collar lleva pendiente por solo adorno en ceremonia tanta, y nadie de aquel hombre presumiera que es el señor de la potente España. Su mirada sagaz eual la del tigre, en torno suspicaz, inquieta vaga, dudando aun si es sueño la ventura que el benéfico cielo le depara. El Principe vá allì, como la victima que el sacrificador sañudo arrastra, y en su pálida frente, en su mejilla, de hondo dolor la huella se retrata. Vá el de Poza detras, sin que un momento del Principe su vista se distraiga, pronto á prestarle apoyo, y aun mas pronto con él á sucumbir en la demanda. De Burgos vá tambien el Arzobispo, y el cruel y terrible Duque de Alba, y la Princesa de Eboli, y su esposo, à quien el vulgo el favorito llama. Vá Alejandro Farnesio, al que algun dia proclamarán por Duque los de Parma; y el que ha de estremecer el Orbe todo con sus gloriosos hechos, Don Juan de Austria. Medinaceli vá con otros ciento







-. -. \* • ,

# INTRODUCCION.

20

Rápido de aquellas bodas perdióse en la nada el dia, y en pos de él un año y otro y hasta cinco se deslizan. Vano fuera à nuestra historia por los hechos que en política en aquel tiempo pasaron, tender despacio la vista. Italia y Flandes, cual siempre fueron la joya de envidia por que chocaron briosas mil ambiciones distintas. Al fin rasgado va el velo que los planes encubria del de Orange y otros Principes, se trabó sangrienta liza. Brujas, Amberes, Bruselas, sufriendo lucha continua, ora al Rey abren sus puertas, ora al protestante abrigan. Mandaba entonces en Flandes con discrecion peregrina

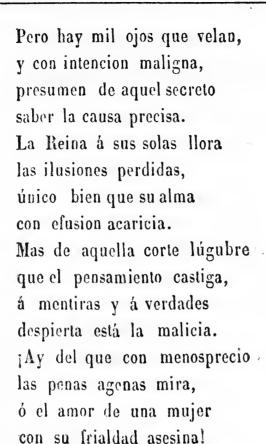
en nombre del Rey de España la Princesa Margarita, Merced à su fino tacto, y a su condicion benigna, en muy convenientes limites à unos y otros mantenja. Perofuera que cediendo à instigaciones malignas, ó bien que la sujecion de Flandes, no tan activa marchase cual el descaba, el Rey ¡torpeza inaudita! para gobernar la Flandes al Duque de Alba designa, Revestido en sus poderes con facultades omnimodas; con el corazon de hierro; y el fanatismo por guia; cual de un huracan, los pueblos temblaron de su venida. Apenas tomó las riendas del Gobierno, en sangre tintas se vieron calles y plazas, fortalezas y campiñas. La mas ligera sospecha de tibio en la fé divina,

con aquel hombre sin alma pagabase con la vida. Descansando en su conciencia, (defensa por cierto exigua) los Condes de Egmont y de Horus, fueron de su enojo victimas. El de Orange, la tormenta sintiendo rugir vecina, puso su vida á cubierto de la sangrienta cuchilla, Buscó su apoyo en los pueblos, y como ven la injusticia de aquellas muertes, al punto socorros le facilitan. El gérmen de rebelion que en sus entrañas abrigan, con tanta vertida sangre, vigoroso fructifica. Levantase el estandarte, y en la encarnizada liza, si el Duque vence, los pueblos à los vencidos cobijan. No tienen los vencedores sino el terreno que pisan, que no es el terror la táctica para convencer mas digna.

En un encuentro y en otro, ya contraria, ya propicia, la suerte sigue los pasos de las banderas distintas. Buscan en la Francia apoyo, y los franceses envian en el Duque de Alenzon de un Rey la sombra ridícula. En vez del de Alba, llamado por su Señor á Castilla, quedó D. Luis Requesens mandando aquellas provincias. Muerto D. Luis, D. Juan de Austria, cuvo nombre va corria por el Orbe, tantos males à remediar se dedica. Vanos fueron sus esfuerzos: sin fruto alli su pericia, que es muy profunda la llaga para curar repentina. Las desazones del ánimo, de la guerra las fatigas, fueron labrando en su cuerpo una dolencia mortifera. El astro de aquel guerrero, cuyo renombre eterniza

la jornada de Lepanto, rápido en Flandes se eclipsa. Murió D. Juan, y sumuerte los flamencos solemnizan, sin reparar que en pos de él se alza una sombra fatídica. Es Alejandro Farnesio, que en el dintel de la vida mas daños há de causarles, que el Duque de Alba en sus iras. En uno y en otro encuentro siempre ventajas publica; mas de un pueblo que no quiere sufrir cobarde mancilla. no hay ejércitos, no hay fuerzas que la obediencia consigan. Asi las tropas flamencas en sus desgracias se animan, y viven con la esperanza que sus Geses les inspiran. Estos los sucesos son à que en Flandes se dió cima, en todo el tiempo que dura nuestra relacion verídica. En Inglaterra y Escocia tambien disturbios se agitan,

y una Reina en el cadalso, por su beldad peregrina, de otra Reina vá á pagar los celos y las envidias. En Africa, vencedora tambien la bandera brilla de España, y D. Juan de Austria nuevos laureles conquista. En Madrid el luto reina, que la Inquisicion domina. D. Cárlos dentro del alma pasion volcánica abriga. sin reparar que sus pasos, y sus acciones espian. En conjeturas se pierden los que en delatar trafican, pues aun mas que su pasion es su prudencia infinita. Ni una accion, ni una voz sola con leve palabra, equivoca dió à conocer el objeto que su corazon cautiva. Las llamas de aquel incendio, mayor cuanto menos brilla, del Principe la existencia pausadamente aniquilan.





#### CAPITULO VI.

# El Monasterio de Yuste. [3]

Cercado de altas colinas, que entre las nubes se pierden. por mil arroyos cruzado de caprichosa corriente; en la rica Estremadura un aucho valle se estiende. Lleno de selvas umbrias està su terreno fértil. y en las aguas del Guadiana, que en la Lusitania muere, mil árboles seculares la vida afanosos beben: los arroyos que en las peñas empiezan su curso leve, en las aguas de aquel rio van å terminar alegres. Bella es su vida aunque corta, pues conservando perenes sus aguas, del seco Estio resisten el rayo ardiente. Nacen alli limoneros, que bajo su copa verde, al cansado caminante

solaz y sombra le ofrecen. Aspiraseen aquel sitio un embalsamado ambiente. que de flores y de frutos con profusion se desprende. Es de la naturaleza el bello estado silvestre, sin que el arte ni los hombres parte en su hermosura lleven. Jamás el talento humano, por grande que se presente, podrá igualar los caprichos con que en espacio tan breve, de la mano del Señor se admira el genio potente. Sombra anhelan los viageros, y sombra constante tienen; agua ambicionan los pájaros. y en cristalinas corrientes que jiran por entre flores, pura y fragante la beben. Pasto buscan los ganados, de aquel retiro en el cesped, y en la alfombra de su suelo tienen mas del que apetecen. De un montecillo la altura

parece que de las gentes à aquellos sitios desiertos audaz la entrada defiende. De aquel collodo á la falda. levanta ergaida su frente de un Monasterio la cúpula hasta en las nubes perderse. Del glorioso San Gerónimo la regla en él se mantiene, y por raras circunstancias se hizo el Monasterio célebre. Su vida en él acabó, dado á religiosas preces, el que por triste retiro trocó mundanos laureles. Cárlos Quinto allí murió; alli depuestos los bienes con que el siglo le brindaba sobre su Trono esplendente, como cenobita humilde miró acercarse la muerte. No era aquel ya el que dos mundos dominó audaz, prepotente; no era el paladin temido por la Francia y los hereges. Era el humilde cristiano,

que en Dios benigno y clemente. conoce que de ventura se abriga el único gérmen. Ante él se postra sumiso, y con su llanto pretende que al llegar su último fin recelos no le amedrenten. No hay penitencia que escuse, ni imposibles que le arredren, pues grande cual su poder fué su fé despues ardiente. Sus palabras, no es estraño que fuera de alli resuenen, pues los monjes las repiten, cual si de algun angel fuesen. De aquel santo Monasterio de aqui la fama proviene, y será mientra haya hombres el nombre de Yuste célebre.

II.

El Rey Felipe Segundo, que en Flandos se hallaba ausente cuando murió Cárlos Quinto, hoy al Monasterio viene.

Esta es la primera vez que ver los lugares quiere en que el inelito D. Carlos halló tranquilo la muerte. Cercado por los desvelos al gobernar consiguientes, no le sué posible al Rey, de ellos hasta hoy desprenderse. Quiere recorrerlo todo, hasta el jardincito breve, que el invicto Emperador cuidó con mano ya débil. De esta visita asustados los monjes medrosos temen, que el nombre del Rey Felipe à todo el mundo estremece. Cuentanse de él mil mentiras, y con intencion aleve, propalan los descontentos voces que su honor ofenden. Asi en grande confusion los monjes hoy se revuelven, y van, vienen, y se aturden, pensando siempre en el huésped. La servidumbre alli está. que al Rey de España precede,

y la adusta compostura que en todos ellos se advierte, fuerza es que los temores con su gravedad aumente. Mediosos están los Monics, y sosegarlos no puede la fama de religioso que el Rey en el mundo tiene. Reina el bullicio en el claustro. y al campo tambien se estiende; y el belicoso relincho de los ardientes corceles; y el sonar de los clarines que el aire tranquilo hiende, de la llegada del Rey son señales evidentes. Por entre los verdes árboles. que aquel camino embellecen, de polvo revuelta nube. subir al cielo se advierte. Es la régia comitiva, que espera gozar en brevo descanso, que del camino los malos ratos remedie. Solos y en silencio van en su carroza los Reyes;

y sobre fuertes bridones, con empolvados arneses, al lado suvo, escoltándolos, ricos hombres y donceles. Van tambien algunas damas, que en Palacio no consiente la etiqueta que à la Reina sola y sin damas se deje. Entre los hombres caminan taciturnos, como siempre, el Principe; y observándole como su sombra perene, el noble Marques de Poza, el amigo que mas quiere. Llegan asi al Monasterio entre el estruendo que ofrecen las campanas voltëadas cuyo son los aires hiende. La comunidad formada con el Prior à su frente, de aquellas puertas macizas avanza hasta los dinteles. Debajo de rico Pálio, que varios Monjes sostienen, invitan al Rey Felipe à que en la Iglesia penetre.



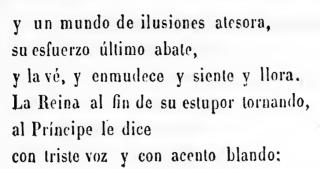
La Reina marcha à su lado; icuan bella y cuan diferente de la doncella infantil que hemos mirado otras veces! Hermosa como ninguna su fina tez resplandece, pero sus lánguidos ojos en vano animar pretende. D. Cárlos marcha detras; y el Rey que inquieto no ducrme, temblando hasta de su sombra, mira dó quier impaciente. Recela que todo el mundo empeño en burlarle tiene, y que de Doña Isabel no es el amor muy ardiente. Asi sin descanso vive, que no es posible que reine la confianza entre dos almas, si una de ellas duda v teme. Pero dejemos que todos en el santuario penetren, y que el descanso de un dia la fuerza à sus miembros lleve.



El sol ácia el Ocaso ya declina: de entre confusas pubes su escaso resplandor leve ilumina de la abrasada tierra la atmósfera ya opaca, purpurina. Las aves que en su canto placentero dicen adios at moribondo dia, melancólica y triste el alma dejan. con su riente y plácida armonía. La sombra, que del sol el rayo ardiente en su cenit, anenas de aquella selva encantadora rompe, mas confusa al morir por Occidente su opacidad difunde; y el murmario frecuente del arroyuelo manso, del vienta en el silvido se confunde. Al pie de verdes alamos sentados, de hondas meditaciones al influjo fatídico entregados, dos nobles caballeros se miran en silencio sepultados. Aun de la vida se hallan

en la alegre y fecunda primavera, y há tiempo que batallan, el uno por vencer su pasion fiera, y el otro por trazar con mano amiga à aquel ardiente amor otra carrera. Vanos hasta hoy han sido los consejos; vano mirar del porvenir sombrio la inmensa lontananza: sin fé, sin fuerzas, agotado el brio, aun en el corazon para su ruina, se adormece quimérica esperanza. su pasion el sueño de su vida; es el preciso aliento que ser le presta al pecho enamorado; y al acaso una lágrima perdída, de compasion no mas un leve acento, bálsamo es al corazon Hagado. ¡Cinco años de tormento y de agonia: cinco años de sufrir, de sed ardiente, y cual Tántalo ver de noche y dia el arroyo riente, y no poder el labio caluroso humedecer en su fagaz corriente!.. Mudo silencio reina de aquel espacio en el recinto breve, y aunque sufre D. Cárlos y se agita,

el Marqués à romperle no se atreve. De pronto entre las ramas sacudidas suenan pasos ligeros: «¡Mal haya el insensato, que aun este bien le niega à mis heridas! Dice el Principe, y mira y se estremece; por entre escasas ramas, que suave el viento al deslizarse mece, una altiva hermosura ante sus ojos súbito aparece. Un ¡ay! se escapa del nevado seno; y al repetirle el viento que cruzaba, en otro corazon de augustia lleno, como agudo puñal el jay! se clava. Levántase D. Cárlos sorprendido de aquella aparicion «¿sois vos?» profiere, y de gozo y temor sobrecogido, la escasa voz entre sus labios muere. «¡D. Cárlos; vos!..» la dama le replica; y su acento agitado, del corazon el sufrimiento indica. Era la vez primera que el Principe se hallabasin testigos con la dama hechicera que sué su amor y que perdida llora. El fuego, que combate,



LA REINA.

¡Don Cárlos; vos aqui!

EL PRINCIPE.

Lejos del mundo,

aquien la oscuridad corre mi llanto, y mis ayes confundo; y al compás de pintados ruiseñores, como el cautivo mis pesares canto.

LA REINA.

¿Vos pesares, D. Cárlos? Yo creia, que el hijo y sucesor del gran Felipe; el que á su frente un dia ceñirá la corona de Isabela, su corazon y su alma belicosa de gloria á la ambicion solo abriria.

EL PRINCIPE.

¿Os burlais?

LA REINA.

¿Yo burlarme? Pero os hallo metido en una selva, aqui gimiendo como pudiera criminal vasallo.

EL PRINCIPE.

¿Y quien mas criminal?

LA REINA.

Basta; os entiendo.

EL PRINCIPE.

¡Oh!... no Señora: mi valor se agota: cinco años de sufrir: tan larga lucha el sentimiento embota; mas, ay si al corazon solo se escucha del respeto la valla una vez rota.

LA REINAS

Basta, Principe, ya.

EL PRINCIPE.

Reina, no basta.

Hoy por la vez primera puedo decir el mal que me aniquila: tambien será, lo juro, la postrera, pues con alma tranquila iré á buscar el fin de mi carrera.

LA REINA.

¿Estais en vos, Don Carlos?

EL PRINCIPE.

Reina, oidme, como se oye en su techo al moribundo, v despues despedidme:

¿Qué me importa del hombre, ni del mundo? Hubo unas horas que mentido sueño en mi mente ardorosa despertaron, y en celestial beleño mis ávidos sentidos alhagaron. Con religion, con animo sincero, de la ilusion que à mis sentidos vino, burlado Caballero, paso à paso segui todo el camino. Era grande á mis ojos cuanto via; el aire que mi pecho respiraba, embalsamado ambiente parecía; en todo entonces sin mirar gozaba: ¿Sabeis, Reina, por qué? porque creia. Hoy vá la venda se rasgó á mis ojos; hoy del amor el santo juramento, de la amistad los lazos, como caña que agita el rudo viento, caen al choque menor hechos pedazos. Reina, vo vá no creo: el pecho mio, cual de la tumba la insensible losa, de amor y de amistad al sentimiento le dejó el desengaño inerte y frio. ¡Ay del alma que pierde en un momento, su fé en los hombres, su esperanza y brio!



## LA REINA.

Principe, ¿y qué quereis?

EL PRINCIPE.

Nada, Señora;

nada ambiciona el corazon llagado; llorar es ya mi suerte; mi destino en vil oscuridad morir jimiendo, y por él arrastrado, lloro, pues con mi llanto à nadie ofendo.

La REINA.

¿Y no hay nadie que sufra tanto cual vos y padeciendo calla, y por ahogar sus lágrimas con su deber y su defor batalla?

EL PRINCIPE.

¡Ciclos!... ¿Será verdad?.. ¡Oh! repetidlo, ved que vuestras palabras, Isabela, ó la vida ó la muerte van á darme. ¿Es cierto, Reina, que cual yo padecen? ¿es cierto que hay algunos que mi llanto y mis penas compadecen?

LA REINA.

Yo no os hablo de vos: cual noble Principe debeis vuestros pesares en el alma esconder para síempre, y con tranquila, con serena calma, de vasallos leales que vuestro apoyo buscan, desvanecer o remediar los males.

EL PRINCIPE.

¡Ya os entiendo, Señora: me engañaba!
¡era, entregado á mi capricho, un loco!
¡Imbécil, no miraba
que á mover vuestro pecho,
eran mi llanto y sufrimiento poco!.....

LA REINA.

Principe, en Flandes à raudales corre la sangre de los nobles y pecheros.

EL PRINCIPE.

¿Y qué me importa que su sangre borre de aquel pais los ásperos senderos? Sufran cual sufro yo; cual yo padezcan; y como yo sumisos, del destíno las leyes obedezcan.

LA REINA.

No lo consentireis; vos el encono ireis à detener del Duque de Alba; y cuando esteis sentado sobre el trono, vereis à aquellos pueblos adoraros, y su padre benéfico llamaros. Su llanto enjugareis.



¿Y el llanto mio quien enjugó hasta aqui? ¿quien adelaute querrá tender su mano cariñosa, y arrancar este dardo penetrante?

LA REINA.

Ireis, Principe, sí, yo lo deseo; quiero que conquisteis gloria y laureles.

EL PRINCIPE.

Obedezco! tal vez menos crueles las orillas serán que el Rin fecunda.

LA REINA.

¡Siempre morir!....

EL PRINCIPE.

Es mi única esperanza, y en la verdad para mi mal se funda.....
¿Y no podré decir antes que parta el dolor que aqui llevo? ¿No podré al despedirme de estos lares, á una ingrata decir por la vez última, qué fin busco en la muerte á mis pesares?

LA REINA.

¿Ah: si: se lo direis!...

EL PRINCIPE.

Gracias, Señora:

cumplid vuestra palabra; yo la mia

antes que luzca la tercera aurora cumplida dejaré, pues vuestro labio, lejos de España á combatir me envia.

Dijo, y la Reina, de la selva espesa se pierde en el confuso laberinto; y al verla retirarse, y al Marqués acercarse:

— «Marqués, será el postrero, el último quejido que saldrá de mi pecho lastimero.»

Dice el Principe — «Ahora ¿me seguireis?»—

-«Hasta la ardiente zona.»

-«¡Cuantos creerán que en la flamenca tierra
voy tal vez á robar una corona!...
¡Imbéciles, no ven que solo busco
muerte segura en azarosa guerra!..»

Y en el Marqués el Principe apoyándose, de la selva saliendo, al convento de Yuste sué acercandose.





#### CAPHIULO VIII.

### La carta y la llave.

Empieza en débiles ráfagas
el albor de un nuevo dia,
y à su luz su lozania
las flores cobrando van.
Con trinos y alegres cánticos,
desde la verde enramada,
los pájaros la alborada
celebran allí á compás.

De la embalsamada atmósfera es el ambiente oloroso, y dentro del bosque umbrosola luz apenas se vé: y cayendo de los árboles el fresco y blando rocio, le dá con su aliento frio á las plantas nuevo ser.

De su guarida recóndita sobre la tierra asomando, van por el suelo cruzando el uno y otro reptil;



y del poder del Altísimo gozando están los favores insectos, plantas y flores, de diferente matiz,

Ora al Sol, la tierra pródiga rey de los astros aclama, que bienes sin fin derrama debajo del cielo azul; y con sus trinos los pájaros, y el bosque con su espesura, y el campo con su verdura, bendicen su ardiente luz.

Al pie de unos mirtos débiles, que cercan marmórea fuente, y en su estancada corriente recobran nuevo verdor, sentado en banco de céspedes está un joven, distraido, segun las señas, sumido en honda meditacion.

Sus lábios se agitan trémulos por un audaz pensamiento; su pecho late violento



por el temor ó el pesar: y en su mirada simpática, por la ansiedad comprimida, se vé que alguna medida terrible halagando está.

Luce en su pecho, magnifica, la Cruz de la Orden de Malta, que mas su blancura esmalta sobre el bordado jubon; y aunque muere apenas lóbrega la sombra de noche oscura, pende ya de su cintura el acero matador.

«No, no será: esclama súbito;
«porque yo con mano fuerte
«sabré desviar la muerte
«que amenaza su ecsistir:
«y si de mi plan soy victima,
«sintiendo su beneficio
«la Flandes, mi sacrificio
«bendecirá ya feliz.

«Don Carlos es hoy el único «que en tan desecha tormenta,

» para Flandes se presenta
«cual puerto de salvacion:
«ecsaltaré aqui sus ânimos,
» y aunque del Noto que zumba
» yo à los furores sucumba....
» quede él libre y triunfador.

«Mas mucho tarda, y ya rápido
«el Sol remonta su vuelo,
«y muy pronto en medio el ciclo
«nos abrasará su luz.
«¡Duque de Alba!... breve término
«le queda ya á tus venganzas;
» y, ó fallan mis esperanzas,
«ó he de ganar este albur.»

Dice, y sonrisa sarcástica
cruza sus labios, ligera,
y aparta su cabellera
de la pensadora sien:
y al sentir que aprocsimándose
viene alguno ácia aquel lado,
con impulso acelerado
se pone al punto de pié.

El que se acerca es el Principe:



el que le aguarda el de Poza, que en su proyecto se goza, de à Flandes libre mirar: y allá en su mente volcánica, piensa su genio sublime, que el yugo que ora la oprime Flandes al fin romperà.

D. Cárlos llega, y mirándole, nadie en el mundo diria que amante melancolia su juventud agostó; pues de la esperanza al bálsamo que se ha vertido en su pecho, es hoy lugar muy estrecho la carcel del corazon.

Radiantes están de júbilo su frente y rasgados ojos: de sus amantes enojos ni aun la huella queda ya: sus miradas antes lánguidas, revelan hoy su ventura, y su juvenil figura respira contento y paz.

La mano al Marqués tendiendole,
D. Cárlos al banco llega:
levemente se doblega
para estrecharla el Marquès.
Y sobre el mármol sentándose;
cual dos íntimos amigos,
sin importunos testigos,
ván su diálogo á emprender.

EL PRINCIPE.

Mucho he tardado: mis párpados abiertos tuvo el desvelo, pues un rayo de consuelo miré, Rodrigo, lucir.

EL MARQUES.

No os importe; aquí mis cálculos dentro mi mente bullian, y entre aromas se mecian de este fragante jardin.

EL PRINCIPE.

Perdoname, si aun incrédulo, pues la desgracia me apura, de mi procsima ventura temiendo y dudando estoy: responde que no es quimérica de mis amores la gloria, y que siempre en su memoria

reiné yo como Señor.

EL Marqués.
¡Ah!... no es ilusion, oh Principe:
pero esa ardiente violencia,
si no usais de gran prudencia,
males sin cuento os darà:
que en torno de vos hay pérfidos
que con las vidas trafican,
y nuestros pasos esplican
ante feroz tribunal.

Cuanto mayor y mas prócsima es la ventura en el mundo, mucho mayor y profundo debe el disimulo ser: y si imprudentes ó imbéciles hoy, Principe, la perdemos, inútilmente querremos volver á asirla otra vez.

Asi, escuchadme, y si ordenes hoy os dictase mi acento, es porque menos violento late el corazon en mi: y en la lucha problemática que comienza en este instante,



gozad vos dichas de amante, dejadme á mi discurrir.

La Flandes, con llanto lúgubre os tiende, Señor, los brazos, pues con sanguinarios lazos ahogan su religion: la Reina tambien, benéfica tal gloria á vos encomienda, y espero que en la contienda quedeis al fin vencedor.

Del Duque de Alba la cólera mas cada vez se acrecienta, y como recia tormenta, los pueblos diezmando vá.
Y vos que muy pronto, Principe, habreis de ocupar el trono, ¿no pondreis dique al encono de ese feroz capitan?

¡Ah!.... sí: lo advierto en la rápida mirada que se desprende de vuestros ojos, y enciende tambien mi pecho en furor: lo miro en el fuego bélico que allá en vuestra primavera, fué la delicia primera de vuestro gran corazon.

EL PRINCIPE.

Sí, Marqués: los votos sínceros de los flamencos acojo, y con efusion me arrojo sus males á remediar: pero antes el adios último quiero dar á mis amores, pues le juzgo á mis dolores el solo alivio capaz.

EL MARQUÉS.

No quiero los goces plácidos turbar de vuestra alegria, que fuera en mí alevosia recuerdos aquitraer: pero no olvideis que tétrica la muerte reina en España, y que esgrime su guadaña sobre ruin y altiva sien.

No olvideis que aqui hay fanáticos por su oscuridad guardados,

en espias trasformados de la Santa Inquisicion: y que la ignorancia estúpida que dirije su venganza al pobre pechero alcanza como al altivo Señor:

No desprecieis las sacrílegas palabras de altaneria, que en un auto de fé, un dia se oyó pronunciar al Rey:

» Yo mismo cual buen católico,

«si delinquiera, el Rey dijo,

«para quemar á mi hijo

«la leña conduciré.» (4)

Aqui llegaba la plática, cuando del verde ramaje un joven y lindo paje se adelantó hácia los dos:

y á D. Cárlos acercándose, con picaresco talante, mas á la luz su semblanto lleno de vida mostró.

«¿Quién sois?,» le pregunta el Principe



de aquella accion admirado.

EL PAJE.

Soy mensagero encargado de un misterioso papel. Vuestra habitacion espléndida corrí en alas del deseo, pues quiero que el nuevo empleo crédito y honra me dé.

EL PRINCIPE.

Dadme acá, page agudísimo, que de esa frente serena, consuelos para mi pena presagia yá el corazon.

EL PAJE.

Tomad, Señor; y á la súplica dadme respuesta cumplida; porque se encuentra una vida pendiente del sí ó del nó.

«¿Qué estoy mirando: es un vértigo?» dice el Príncipe leyendo:
«¿Es ilusion lo que viendo mis ojos, Marqués, están? ¡una cita!.. di: respóndeme, ¿quien eres? vienes acaso en pos de mi incierto paso

como delator falaz?..»

EL PAJE.

Señor, en la régia cámara de su Magestad asisto, y sus blasones me visto, y sus colores tambien.

EL PRINCIPE.

¿De la Reina?

EL PAJE.

De ella, Principe.

EL PRINCIPE.

¿Y quién hasta mi te envia?

EL PAJE.

Quien espera su alegria mirar colmada esta vez. De una hermosura las lágrimas ha de enjugar vuestra Alteza, si con sigilo y presteza lleva la cita á su fin.

EL PRINCIPE.

¿Y quién te mandó? repíteme.

EL PAJE.

La que en eterna clausura llora su mala ventura y su destino infeliz.



EL PRINCIPE.

¿Y no has pensado en el cúmulo de males que te rodean?

EL PAJE.

Señor, por grandes que sean, es mas grande mi valor. Tomad tambien de la Cámara de su Magestad la llave.

EL PRINCIPE.

Niño, tu riesgo es muy grave.

ÉL PAJE.

No temais; no temo yo.

EL PRINCIPE.

Ahora bien: atencion préstame: Ir á la cita prometo; pero llevas un secreto dentro del pecho esta vez, semejante á aquel narcótico de veneno y fuerza tanta, que el débil vaso quebranta, donde encerraba su hiel.

EL PAJE.

Bendigo el hado benéfico que hoy entre los dos coloca un secreto, que á mi boca no se ha de atrever jamás. EL PRINCIPE.

De dar á entenderle guárdate: olvida que le has oído: piensa que nunca ha existido... basta ya: puedes marchar.

Y con ademan enérgico tendióle al Page la mano, que aprendiz de cortesano, el niño al punto besó; y deslizándose rápido, como asustada gacela, el page á dar cuenta vuela de su arriesgada mision.

Suspenso se queda el Príncipe, y mira al Marqués, y calla, y su corazon batalla entre dudas y placer, que es la partída harto lóbrega, pues à un azar sospechoso van à jugar el reposo, y la cabeza tal vez.

EL PRINCIPE.

¿Qué dices?.... Llegó ya el término de arriesgar nuestro destino.

EL MARQUÉS.

No equivoqueis el camino, si hemos de lograr el fin.

EL PRINCIPE. ¿Temes que algun lazo pérfido

me hayan en esto tendido?....

Pues bien, está decidido....
no iré, Marqués.

El Marqués.

Senor .... id.

Y al verla mirada rápida que entrambos se dirigieron, ambos á dos la entendieron como el discurso mejor: Despues al Palacio gótico, que se destaca jigante, del enamorado Infante camina el Marqués en pos.



## CAPITIONO VIOU.

## Un desengaño en amor.

Por entre vidrios pintados de mil diversos colores, la luz del sol de dibuja. que huyendo del Orizonte por el espacio vacio, su ardiente fuego traspone. De una reducida estancia riquisimos almohadones el pavimento tapizan con sus bordados enormes. Arden perfumes dó quiera, y al aspirar sus olores, los miembros se debilitan y se entorpecen las voces. Solo al amor se despiertan los sentidos, al acorde vibrar de amorosas cántigas que el mudo silencio rompen. De un laud, se lleva el viento los melancólicos sones, que están placer demandando al incauto que los oye. Sobre un cogin reclinada,

gozando en sus ilusiones, se vé á Doña Ana Mendoza, brillante sol de la Corte. Leve ropage la ciñe, que orgulloso de su escote, sobre las formas divinas con avidéz se recoge. Dibuja el mezquino talle, el pecho nevado y doble, desnudo el brazo, la espalda de ardientes antojos norte. Dibuja tambien del seno las hondas palpitaciones, que siendo estrecha la cárcel no hay fuerza que alli las dome. ¡Cuanto dieran de Castilla los apuestos Infanzones, por sorprender los encantos que el leve crespon escende!... ¡Cuantos habra, que envidiosos maldecirán á Ruy Gomez, que bebe en aquella boca, sin que el respeto le estorbe. No es mas fragante el clavel cuando su caliz al choque se abre del blando rocio,



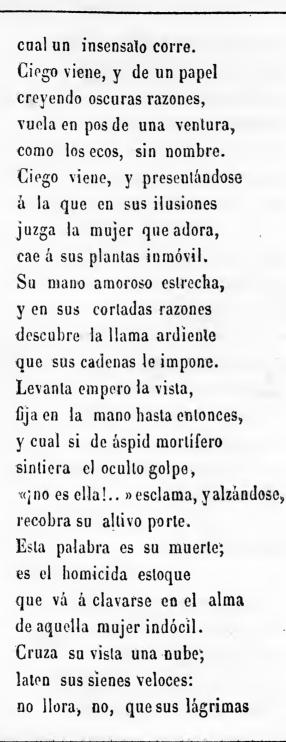
que aquellos labios de flores. Mudo placer los agita al resonar las canciones, que el eco vago arrebata, y en alas del viento corren. Los ojos al cielo alzados; la vista en el techo inmóvil; el párpado humedecido por lágrima audaz, que rompe los diques del corazon, revelan ocultos goces. Alegre, impaciente se halla, que espera al gallardo joven, que ha de jurar en sus brazos ser obediente à sus ordenes. Deslumbradora hermosura!.... No habrá galan que no arrostre la muerte, por conseguir que escaso favor le otorgue. Un hombre empero tan solo la hace olvidar sus blasones, y despechada lanzarse sin freno que la reporte. Y si ella es la mas hermosa, y de linage mas noble, tambien su amante en las gradas

93

del trono su planta pone, que à menos altiva empresa no es bien que su orgallo doble. Primera cita es de amor, de amor ardiente que roe, con su volcánico fuego, el corazon que le acoge. Ni un acento, ni una queja dió à conocer sus dolores, que cuando es tan grande el fuego, son imposibles las voces. Los ojos fueron intérpretes; y los del galan, traidores la llama ardiente descubren, aunque es su lenguaje informe. ¿Quien sino ella ha de inspirarla? ¿Quién será la que se arroje à disputarla aquel triunfo sin que su rabia provoque? Amar hasta enloquecer, y sin poder que lo estorbe, á impulsos de su pasion, aventurarà su nombre. Aborrecer si la engañan; pero con tales furores, que no hallará en su despecho

barrera para sus golpes. A esta idea que en su mente cruza un instante, veloces sus labios se tornan trémulos. y el vivo carmin deponen. ¡Horrible es su pensamiento; y jay! del que incauto trastorne los amorosos ensueños, que albagau su pecho indócil! «l'ero no: me ama» sus labios dicen apenas, y rompen la nube que oscurecia sus peregrinas facciones. Lucen otra vez sus ojos, y cual tras callada noche la aurora mas resplandece con sus pintados colores, asi es mas brillante el fuego de aquella pupila inmóvil. Leve sonrisa sus labios fugaz otra vez recorre, y al escuchar que cercanas suenan pisadas veloces, su sangre se agíta, y rápido un temblor su cuerpo corre. Fiera ansiedad la consume,

y en los dinteles de roble fijando la vista, espera dar término à sus dolores. Los pasos van acercándose, y cuanto mas claros se oven, se aumenta su agitacion, se acrecen mas sus temores. ¡Quién pudiera del destino romper las puertas de bronce, que ocultan del porvenir las hondas combinaciones!... No combatiera ese pecho tanta incertidumbre entonces. Pero el momento se acerca. y al girar sobre sus goznes la puerta maciza, un jay! del corazon escapósele. Escasa es la luz que alumbra de aquel salon las labores, y á su crepúsculo incierto, que apenas el humo rompe de los ricos pebeteros, penetra en la estancia un hombre. Es el Príncipe D. Cárlos, que el régio orgullo depone, y en alas de su delirio



al corazon se recojen, sin que à la ardiente pupila una tan solose asome. Parece que airado el Cielo, à violentas sensaciones destina aquella hermosura, para que su orgullo domen. - «No es ella, decis, Señor?... «¿Asi en mi estancia os entrais, «y el sagrado profanais «de mi purísimo honor?... - Perdonadme si arrastrado «por el acorde sentido. «de esc laud, he venido «y vuestro enojo he causado. - «Que estaba sola sabiais. - «¿Por donde ó como, Señora?.... «La casualidad..... -- Traidora

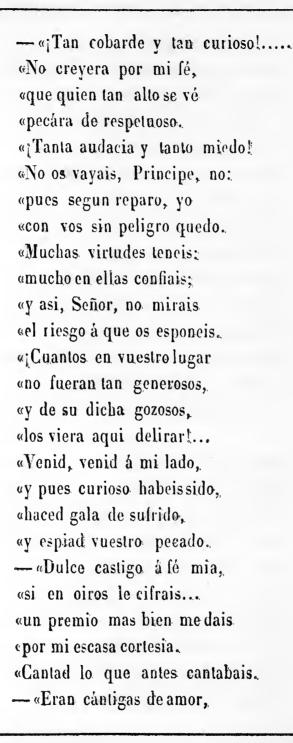
«casualidad!....

—¿Pensariais?

«Nada que á vos os ofenda.
«Casualidad fué el entrar;
«casualidad fué el gritar
«¡no es ella! ¿cual es la prenda,
«Señor, que buscando vais?

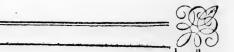
«Será de encumbrada altura,
«porque á una humilde hermosura
«no está bien que descendais.
— «Princesa, fatal estrella
«dó quiera mis pasos guia,
«y en vano yá en mi agonía
«pretendo luchar con ella.
«Vengo á turbar insensato
«vuestro solaz, la ventura
«qne en esta dulce clausura
«buscaba vuestro recato.
«Conozco el daño, Señora,
«que os hizo aqui mi presencia,
«y asi, con vuestra licencia,
«voy á remediarle ahora.»

Esto dijeron los dos; ella con sentido doble, temiendo que su despecho del corazon la rebose, y él como leal, juzgando que fué en acudir muy torpe. Al retirarse D. Cárlos, la voz revibrante se oye de la Princesa, que triste, dice en cortadas razones.





«y hace muy poco, Señor, «que de libre blasonábais, «Una pasion reprimida «motivo á mi canto dió, «y con razon temo yo «no ser por vos entendida. - «¿La de Eboli amar en vano?.. «permitid que no lo crea, «mientra en vuestros ojos vea «ese fulgor soberano. «El que ama y su amor no alcanza «sufra de amor los rigores, «no vos que en sueños de flores «adormis vuestra esperanza. -«¿Y vos, Príncipe, os quejais?... «¿vos, para quien los placeres «son vanos, y en las mugeres. «ni una mirada sijais? «¿Vos del resplandor cercado «que arroja el trono español, «pasais uno y otro sol «con el corazon helado? «¿Nada en Madrid os apura? «¿no puede vuestra tibieza «encender la gentileza «de tanta hidalga hermosura?



«Las fiestas, ¡pretension vana!

«deslízanse á vuestros ojos,

«sin despertar los antojos

«de esa juventud lozana.

«¡Triste condicion, D. Cárlos,

«para hermosuras de Corte,

«que con sus gracias y porte,

«no alcanzan á despertarlos!...

— «Seguid, seguid la cancion,

«muy dulce al oido suena,

«está de delicias llena,

«y alivian el corazon.

- «¿Estais en vos, ó pensais?..
- «¡Ay!.... loco, Señora, estoy!...
- «Mirad que Doña Ana soy.
- «Dejadme.

— ¿Y à donde vais?

— «Vos lo sabeis; yà me aguarda..

«quiero respirar... mis sienes

«se arden...; para los bienes.

«cuánto la ocasion se tarda!..

— «Señor; mirad lo que haceis;

«reparad lo que decis:

«con esas frases me heris
«el corazon.

-Ya lo veis:



«burlando estais de mis penas.

- "¿Burlarme de vos, Señor, "cuando de insensato amor "arrastro yo las cadenas? - "¿Vos amais?

-¡Ah!... con delirio.

- «Pero os adoran tambien.
- «Esa palabra...

—¿Es un bien

«que endulza vuestro martirio?...

«Pero yo...; triste de mit...

«Princesa, padezco mucho,

«y en vano por vencer lucho

«el fuego que abrigo aqui.

— «¿Y à qué?... cuanto mas altiva

«la pasion pone su anhelo,

«es mas seguro su vuelo.

— «Callad...

—¿Y porqué!... si esquiva «vuestra pasion rechazára, «el callar fuera razon.

- «Si al menos por compasion «mis súplicas escuchára..
- «¿Por compasion?... Pues qué ya «no hay entre los dos secreto...
- «Seguid, seguid..



## -El respeto

«sellando mi labio está.

— «¡Por piedad!...os complaceis
«con esa estudiada calma
«en ir rasgándome el alma.

— «¡Pues qué mas de mi quereis?
«¡No os basta que de un papel
«à este camarin llamado?...

— «¡Luego ella os ha encomendado?..
«¡Luego confidenta fiel
«de su desgraciada suerte,
«quereis aliviar sus penas?....
«Romped, romped sus cadenas...

— «Se romperán.... (con la muerte!)

Dice, y prócsima á salir, al corazon se recoge desde sus labios, la dulce confesion de sus amores.

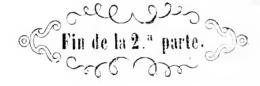
Hubo un punto en que engañada por falaces ilusiones, juzgó ser Doña Ana el idolo de aquel insensato joven.

Pero al oir sus palabras, conviértese en duro bronce su corazon; y su pecho

queda de dolor sin voces. Mira al Principe irritada; y con bien claras acciones y gesto glacial, le indica que sobre sus pasos torne. l'ensando él que de su dama proceden aquellas órdenes, humilde se inclina y parte cercado de mil temores. Ouédase ella sepultada en hondas cabilaciones. «¡No era yol..., ¿quien la atrevida «será que á mi bien se opone?... «No hay mas que una... Solo una, «que humillada no se postre, «y delirante no admita «su declaración por órden... «¡Si seral..... Doña Isabel!.... «muy orgulloso es tu porte... «mucho en tu virtud consias. «pero es preciso que llores!... «¡Ella esl» Un pensamiento rapido su mente acoje. «Rey D. Felipe,» murmura; «yo, haré que tu enojo brote.» «Aborrecer, si me engañan,

«pero con tales furores,
«que no hallaré en mi despecho
«barrera para mis golpes.»

Esto dice, y sus cabellos
y su ropage compone,
que asi-como en sus palabras,
en ellos reina el desórden.
«Le veré, añade, y jay de ellost
«si son ciertos mis temores»
y con vacilante paso
del camarin alejóse.







## EL AUTOR AL LECTOR.

50

En esta historia que ahora te voy, lector, relatando, harémos aqui un paréntesis, corto en verdad, de tres años. Dejo à tu mejor criterio el discurrir, sin embargo, qué de conflictos habria, qué sustos y sobresaltos, al mirar el quid pro quo, que tuvo amante D. Cárlos. Píntenlos otros, si quieren, que vo estas cosas dejando, voy sobre datos seguros à continuar mi relato. Despues que con tal torpeza dió el Príncipe un golpe en vago, y de Doña Ana el cariño hirió con un desengaño, fué su persona el objeto de proyectos reservados. Cada paje era un espia, que con mas ojos que un Argos, daba cuenta por minutos

de acciones, voces y pasos. En esbirros convertidos los tétricos cortesanos. tenian á vanagloria contar lo cierto y lo falso. Era la corte un insierno: y el Príncipe recelando, tornóse mas taciturno con propios y con estraños. Si en la Cámara asistia. no despegaba sus labios, temiendo que el viento mismo fuera à descubrirsus cálculos. Delante del Rey Felipe, como su primer vasallo, jamas faltaba á rendir sus respetos cuotidianos: pero despues que sumiso este cumplimiento diario llenaba, por todo el dia se encastillaba en su cuarto. Alli del Marqués de Poza solamente acompañado, se entregaba á las quimeras de su porvenir precario. Tal vigilancia, los planes

de dejar el suelo patrio desbarató, y su evasion quedóse solo en conato. Desde entonces se corrieron, como hemos dicho, tres años, y en vez de rendirse al tiempo, cobraron con él mas ánimo. Hov con mas fuerza se agitan sus proyectos temerarios, que no es posible vivir continuamente espiado; porque una palabra, un gesto, para seres mercenarios, es suficiente motivo de delacion y de escándalo. Hay quien dice que la de Eboli se entregó al fin en los brazos del Rey, la muerte del Principe pidiéndole en holocausto. Ruy Gomez hoy mas que nunca es del Monarca privado, y asi en España, en Madrid, y en el pueblo y en Palacio, Doña Ana es la que dirige aun los asuntos mas árduos. Ante ella se postran todos,

pues con no visto descaro, gala hace de una victoria que hubo de costarle tanto. Pero à través de sus goces; en medio del lujo asiático que su persona rodea, está el corazon penando. Una vez sintió en su pecho de la pasion el encanto, y á él su nombre y su virtud hubiera sacrificado. Pero con mano terrible del corazon la arrancaron su ilusion, y otras ideas la sujirió el desengaño. Es alma aquella mujer, y asi como no hay espacio ni respetos que la arredrea, si dice una vez: «te amo;» asi una vez de su pecho el sentimiento arrancado, solo hay vida en aquella alma para vengar los agravios. Y no le importa la altura del ofensør insensato, que hará de su honra escabel,

para poder alcanzarlo. El tiempo, que los dolores mitiga con verta mano, mas en ella los irrita sin poder nunca curarlos. Juró vengarse, v lo hara; y aunque es espacio muy largo tres años que han transcurrido desque su amor despreciaron, en Doña Ana es un momento, es imperceptible un átomo. Asi de entonces con fé, con incesante trabajo, siembra en Felipe los celos; pues an Rey tan poco blando, lo que à la pasion no dé, al orgullo ha de otorgarlo. Pero esto no impide al vulgo que con imprudente labio diga do quier, que la Reyna los pesares de D. Cárlos remedia, y que de su esposo le dá muy poco cuidado. Pero lector, en juzgar tales hechos, se muy cauto, que el vulgo murmura siempre,



v es en acertar escaso. En Flandes cada vez peor andaban los Luteranos, sin disfrutar un momento de libertad ni descanso. En el Principe so fian, y prudentes enzisarios van y vienen, manteniendo vivo aquel fuego sagrado. Al corriente se halla el Rev de muchos de aquellos pasos. Espera que su hijo intente Hevar sus planes à cabo, pues sin evidentes pruebas es el juzgar arriesgado. El Principe y el Marqués. crevendose muy á salvo, esperan solo el momento de dar término à sus calculos. Ese momento se acerca; y entrambos solos, cerrados en la habitacion del Principe, disponen lo necesario para sin llamar sospechas salir del régio palacio. Un buque en Cadiz espera;

y en buenas letras de cambio tiene el Marqués convertido su patrimonio no escaso. Sus joyas y sus preseas tiene ya prontas D. Cárlos, pues nada son estos bienes cuando la vida jugamos. Dejémoslos pues aqui; que su proyecto insensato puede muy bien estrellarse ante otro poder mas alto; y como para nosotros no hay paredes, ni tejados, de esa puerta robustísima las hojas, lector, abrámos.





#### CAPITULO IX.

# Felipe II. y la Princesa de Eboli.

El Sol à su término veloz yà desciende, su disco desprende mezquino fulgor: y en móviles ráfagas de nieve y de grana, su lumbre lejana de pronto escondió.

Del suelo, con rápido veloz movimiento, lamiendo vá el viento la capa feráz: y el vivo relámpago que incierto fulgura, muy prócsima augura feroz tempestad.

Debajo los árboles se esconde el viagero, temiendo el sendero seguro perder: medrosos los pájaros su vuelo recogen, y al punto se acogen al arbol tambien.

Con lúgubre estrépito el trueno retumba, y horrísono zumba feroz vendabal; y ya adelantándose la recia tormenta, el pecho amedrenta del rudo jayan.

De sala riquisima salvando las puertas, echemos inciertas miradas alli; y lujo magnifico verémos y flores, costosas labores, bordado tapiz.

Y góticas lámparas de rara estructura, y gran colgadura de rico tisú: y mesa tersísima de marmol y plata, que formas retrata del sol á la luz.

Alli en dulce plática, en grandes sillones, con dos almohadones debajo los pies, con faz melancólica de amor ó de queja, de estraña pareja las sombras se ven.

Vestido él osténtase de raso sencillo, sus ojos un brillo despiden sagaz: y en torno girándolos, su leve sonrisa es norte que avisa cercano huracan.

El tiempo tiránico, del hombre verdugo, le impuso su yugo con mano cruel,
de nieve blanquísima
poblándole airado,
su pelo cortado,
su barba tambien.

Ella es una angélica divina hermosura; su esbelta figura respira pasion; y triste su parpado, ardiente, lloroso, revela que ansioso se encuentra de amor.

¡Asi fuera cándida su altiva belleza: asi su fiereza pudiera esconder! Pero ¡ay! que sarcástico su labio se agita, venganzas medita con falso doblez.

Callemos y oigámosla, quizá de su acento

sepamos violento mortífero el plan: escúchala él, lívido de enojo y de ira, mientra ella respira gozosa de más.

La Princesa.
¿Tampoco mi súplica,
Señor, con vos puede,
que nada concede
Felipe à mi amor?
¿Acaso quimérico
juzgais este aviso,
que un dato preciso
quereis os dé yo?

EL REY.
¿Sabeis vos el cúmulo
de males sin cuento
que un golpe violento
pudiera atraer?
¿Sabeis vos que el Príncipe
es hoy mi heredero:
y un leal caballero
el noble Marqués?

¿Sabeis que los animos

si imbécil irrito,
los pueblos concito
quizás contra mi:
y rotos los vínculos
que impone el respeto,
me lance en un reto
dudoso en su fin?

Mejor quiero misero vivir engañado, que verme arrastrado por ciego furor. Que sigan impávidos su plan bien incierto, Madrid está abierto, no tengan temor.

La Princesa.
¿Sois vos el magnánimo
Felipe Segundo?
¿Sois vos al que el mundo
se humilla servil?
¿Aquel cuya heróica
triunfante bandera,
la Francia altanera
tembló en San Quintin?

¿Sois vos; y aqui víctima de agena insolencia, señal de clemencia para ella mostrais? ¿No veis que yá rápida la nube se avanza, terrible venganza pidiendo tenaz.?

¡Ah, no!: ¿la politica secreta, segura, que dió la ventura al pueblo español: asi por un vértigo, por una manía, su esencia en un dia tan pronto cambio?

EL REY.

No cambia mi táctica, ni es vano capricho, Señora, que à un dicho no quiera acceder: probadme que el Principe rebelde conspira, y pronto à mi ira

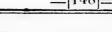
caer le vereis.

La Princesa.
Pues bien, si del público
el riesgo no os mueve,
sufrid que yo lleve
mas lejos mi ardor:
é hiriendo sin lástima
la llaga profunda,
la daga ora os hunda

No es yá que fanáticos pretendan fugarse, y en Flandes alzarse con vuestro poder: no es solo que pérfidos, su patria olvidando, se pasen al bando contrario á su Rey:

dentro el corazon.

No es yá que al espíritu torciendo el camino, den culto á un indino ministro de Dios: sé bien que alli un rígido terrible guerrero,



sabrá con su acero matar su ilusion:

Otro es de mi súplica, Señor, el motivo, por mas que ora esquivo estais para mi: que fiel, sin escrúpulo, callar no me es dado se atente al sagrado de un nombre feliz,

EL REY.
¡Mi nombre!... enigmático
está vuestro acento,
y quiero al momento
saber la verdad,
¿Cual es, esplicádmelo,
la mano traidora,
que mi honra, Señora,
pretende manchar?

Decidlo, sin réplica: romped el secreto; no os pare el respeto que á mi me debeis: y pronto, la de Eboli, Monarca tirano, al falso, al villano le arrastro á mis pies.

LA PRINCESA.

Pues bien, á deciroslo
por fin me acomodo,
porque es ante todo
del Rey el honor;
y ved que si enérgica
mi voz hoy resuena,
la impulsa la pena
de vuestro baldon.

Que quien à mi ánima con fuego amoroso, turbóle el reposo, domó la altivez; en glorias el único, enhonra el primero, leal caballero el mundo ha dever.

Un hombre, gran Principe, de orgullo inaudito, que espera ya el grito traidor levantar:
con mano sacrílega
se atreve al renombre
que acata todo hombre
sensato y leal.

D. Cárlos rindiéndose incauto al consejo, y al doble manejo del falso Marqués; de llama magnética probó los rigores, y á régios amores rindióse con fé.

La Reyna es el ídolo que adora entusiasta... supongo que casta su llama arderá: pero ¡ay! que volcánica si llega á sentirla, escaso á estinguirla será ya su afan.

Er Rev. Callad, por los ángeles,

que estais delirando;
Señora, asi hablando
perdeis la razon:
y observo que al Principe
dañais inclemente....
y vos indulgente
con otros bien sois,

D. Cárlos es súbdito
humilde, discreto,
jamas al respeto
faltóle á su Rey:
y el padre á sus órdenes,
si fuese preciso,
rendido, sumiso,
tendrále tambien.

¡La Reyna! frenéticos
oid aclamarla,
y á todos llamarla
la misma virtud.
¡Oh!nunca!... es quimérica,
Señora, esa nueva.

La Princesa, ¿Buscais una prueba? bien: es tiempo aun.

¿O acaso al despótico poder de sus ojos, tambien por despojos mi Rey se rindió? ¡Oh fuera magnífico, que el viento cambiara, y en llanto trocara mis dichas de amor.!

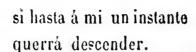
EL REY.

¡Sabeis vos, la de Eboli, que ya mi paciencia con tanta ecsigencia gastando se vá?... ¿Sabeis que es insólita tamaña osadia, y que la podria muy bien castigar?

La Princesa.

Lo sé; aqui despótico

Felipe domina;
su gente asesina
sin causa ni ley:
pero hoy no es al Principe,
pregunto alamante,



La afrenta es ya pública; ninguno aqui ignora que Isabel desdora el cetro español:.... gran Rey, me dais lástima; pues nunca pensára que impune se ajára tan noble blason.

No sois ya el católico monarca temido; en polvo hais hundido de hoy mas vuestra sien; no sois el espléndido, gentil caballero, que su honra primero...

Et Rey. Pues bien, lo seré.

No yá en frases débiles penseis que me fio; con sangre mi brio



se habrá de saciar; mas pruebas clarísimas, habreis de ofrecerme, para convencerme de tanta maldad.

La Princesa.

No en voces efémeras
mi dicho se funda,
es harto profunda
para él mi razon;
y espero que súbito,
aunque algo os ofenda,
rasgarse há la venda
que os ciega, Señor.

Asi, perdonádmelo, si ardiente mi labio pretende el agravio dorar que sufrí: y ya que en el público de mi se murmura, que en esta clausura descanse feliz.



EL REY.

Princesa, si pérfidos labraron mi afrenta, venganza crüenta de entrambos habré; y jay de ellos! si míseros su aliento villano se atreve liviano á tanta altivez.

Que tiemblen si el hálito de impuro cariño manchó el blanco armiño del Sólio español: no habrá à mi propósito suplicio bastante, dó apague el infante su insólito amor.

La Princesa. Asi, ya del águila

las garras diviso; con sangre es preciso la afrenta lavar; asi, del indómito Felipe segundo,



nunda

atúrdase el mundo al golpe fatal.

Ahora sí con júbilo resuena ese acento; desde este momento, cesó mi altivez. Bendigo con éstasis mi escasa hermosura, que tanta ventura me ha dado esta vez.

¿Quereis de su ilícito comercio una prueba, que escrápulos deba en vos destruir?... pues bien, cuando lóbrega la noche mediada esté, disfrazada vendré yo hasta aqui.

Et Rey.
Princesa, aun benévolo
os doy largo espacio:
pensad: de palacio
ya nadie saldrá;
y ellos si pérfidos



disponen mi agravio;....

o vos, si con lábio
mentisteis falaz.

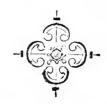
Dijo el Rey, y tétrica su frente inclinando, del cuarto alejando despacio se fué; con risa sarcástica Doña Ana le mira, al ver que suspira cual tierno doncel.

Y esclama: «¡Qué imbéciles! «¿Es este el jigante «que el pueblo ignorante «por Rey levantó? «¿Es este el que indómito «se juzga ¡insensato! «en todo un retrato «del Emperador?...

«¡Oh pueblos estúpidos!... «sin fé, sin talento, «será el instrumento «que yo esgrimiré; «¡Y ay de vos! ¡oh Principe! «que ya mi venganza «su término alcanza.... «no se irá esta vez.

«¿Pensais que á la Eboli «impune se ofende, «y que ella no entiende «de achaques de amor?...-«¡Oh no!... que mislágrimas «por vos derramadas, «serán hoy vengadas «con llanto y baldon.»

Dice, y retirándose con paso seguro, traspone del muro la récia pared; y luna de Génova mas clara que el dia, su falsa alegria refleja al través.



#### CAPITULO X.

# Los dos amantes y el amigo.

I.

En pós de ardiente dia la noche apareció de sombras llena; y con nubes el Cielo encapotado, de la Luna envolvia la blanca luz, ya pålida y serena. De deshecho huracan el ronco acento, con su feroz rugido, del mortal sonoliento viene á inquietar el párpado adormido: y el trueno en el espacio resonando, y relumbrante y ciego el rayo por la atmósfera cruzando, và de su ardiente suego à las nubes densisimas librando. En copiosos raudales se dilata de la ruda tormenta la malicia; y en corrientes de plata, que el viento desperdicia, la furia de las nubes se desata. Y el cauce de los rios se engrandece: y el torrente espumoso

que en retiro apartado
se pierde en el silencio, altivo crece
de nuevo alimentado.
Y rueda por la escuálida llanura
aqui y alli corriente caprichosa,
arrastrando en su curso la verdura,
gala del suelo dó nació orgullosa.
Y dentro de las calles con mas brio
las aguas al caer sentir se dejan:
cada calle es un rio,
y las luces reflejan
con vago resplandor su curso frio.

Las doce dan de la empinada torre en la siniestra y lugubre campana: uno à uno recorre cada sonido la estension lejana, la vibracion postrera está en los vientos à morir cercana. De un callejon por el oscuro espacio, de pocos conocido, en el gran laberinto del Palacio, del de Poza seguido el Principe atraviesa con ademan cuidoso y prevenido. Dejemos que ellos sigan su destino,

y la distancia à nuestra vez salvando, por mas corto camino al punto de su viaje ora llegando, podrémos ir lò que haya examinando.

Es una estancia gótica con marmóreas columnas adornada: del techo suspendida lámpara caprichosa, los reflejos despide en torno de su luz perdida. Riquísimos espejos en su luna retratan de la estancia bordadas colgaduras, y dela ancha cornisa las doradas y artisticas molduras. Sobre cojines de brocados y oro, y en la mano su frente descansando, una dama su lloro con finisimo lienzo está enjugando. Es bella como el angel que ha de endulzar nuestro pestrer momento, y mas que el aura es puro de sus labios dulcísimo el aliento. Sobre su frente candida y serena de hondo pesar la huella se retrata; y la angustiosa pena

que su pecho maltrata con inclemencia suma, posó sobre su sien la mano ingrata. Llanto vierten sus ojos: flanto el alma tiempo hace que destila gota à gota, y perdida su calma, la cadena tambien del sufrimiento quisiera ver en su delirio rota, cual término feliz à su tormento. Aquella alma volcánica engañaron con ilusion fugaz, encantadora; la ventura á sus labios acercaron. y en sed devoradora, cuando vieron que asirla pretendía. gozar de aquella dicha la privaron. Y no terminó aqui su desventura; fuera al menos consuelo, aunque leve, perdida tanta gloria, á su antigua ternura un altar consagrar en la memoria. Era fuerza acabar el sacrificio, y recuerdos ahogando, impávida mirar el precipicio: y asi continuamente, y en el campo, en la mesa, bajo un techo, haber el fuego ardiente

de sugetar con mano poderosa, del corazon en el dintel estrecho. Y si el alma de amor constante late, ¿qué estraño es que gozosa se rinda humilde en desigual combate? Una carta leyendo á la luz de la lámpara, la hermosa está con avidez, y van cayendo hilo á hilo del párpado empañado lágrimas mil, que riegan el papel perfumado, y al deslizarse las pupilas ciegan. - «Sí, partirá: prorrumpe: el pecho mio «mudo, insensible yacerá un instante; «el Cielo asi lo quiere, ay el destino, hoy sombrio, «quizás le guarde porvenir brillante.» Gira sobre sus goznes de aquella estancia la maciza puerta, y la dama enjugando con rapidez sus ojos, mira incierta quien el osado es que en su retiro viene audaz á turbar su pensamiento. Dos hombres aparecen: al mirarlos la dama, con acento inteligible apenas: «¡Vos, D. Cárlos!.»

esclama,

-«Sí, Isabel; llegó la hora, «Esta es la vez postrera, «que al corazon que llora, «como á la flor el aura placentera, «bajará vuestra voz consoladora.

«¡Dichoso yo, si en tanta desventura, «conservais, Isabel, en la memoria «un recuerdo fugaz de mi ternura!».

### LA REYNA.

Partid, D. Cárlos, el deber lo ordena; lejos de vos, mi alma en soledad tristisima, serena, quizás recobre su perdida calma. Demos pues al olvido de un insensato amor las dulces horas: y el corazon henchido por la gloria jigante de domarle, salga, oh Principe, mas emoblecido de este crisol dó vamos á probarle. Vos ya ni del cariño sois de Isabel, ni vuestro; sois del cetro brillante con que, al lanzar la muerte su guadaña sobre el Rey D. Felipe, gobernareis la belicosa España.

Sois de esos pueblos míseros que jimen, y que algunos menguados bajo leyes tiránicas oprimen: ellos en vos cifrada su esperanza como en astro feliz de un nuevo dia, tienen de tiempos de mayor bonanza.

El Principe.

Parto, Señora, la feraz pradera que con aguas prolíticas fecunda el Rin en su carrera, muy pronto habrá de verine, y la coyunda que à la Flandes oprime en rados lazos, del Duque de Alba al rostro con mano audaz arrojaré en pedazos, Mas al huir de la que sué migloria, y de mi amor primero el idolo querido, dejad que à mi memoria el recuerdo trayendo lisonjero, me adormezca con él hoy atrevido... Es de mi amor, oh Reyna, el bien postrero, Vos sabeis que volcánico su brio no pude dominar: que un año y otro, en ruda pena, en el dolor sombrio, mi vida se agostaba, y de este amor al fuego, se gastaba

la sávia juvenil del pecho mio. Vos sabeis que cinco años de tormento, que lentameute el alma desgarraron, ni una voz, ni un acento de dolor ni de queja me arrancaron. Isabel, lo confieso, hubo un momento en que con voz impia, pues mi angustiosa pena aun mas que la razon gritaba fuerte, con delirio fatal busqué la muerte. Hoy la busco tambien con faz serena; hoy por romper el yugo que á pueblos generosos á un audaz capitan imponer plugo, con pasos presurosos marcho à encontrar quizás en mi camino el hacha enrojecida del verdugo. Y tranquilo me veis; y la sonrisa sobre mis labios vaga: y de la aurora la cercana brisa al recorrer el perfumado ambiente, con rápida carrera, sobre mi alegre y empolvada frente agitarse verà mi cabellera. Reina, yo parto de placer henchido y de pena á la vez: aqui mi alma

queda con vos, de nuestro amor perdido la desgracia llorad en dulce calma; y si muerte cruenta sale mis pasos à estorbar, en tanto que respirar el corazon yosienta, este recuerdo santo será el iris de paz en la tormenta, el bálsamo será para mi llanto. Y cuando en la agonía mi párpado se cierre macilento, vuestro será, Isabel, del alma mia el agitado y postrimer aliento.

LA REYNA.

Partid; ah sí: partid «bañada en lloro la Reyna esclama.» Aqui vuestra memoria, Cárlos, gravada queda; es de este amor el único tesoro.

Partid, partid: brillante la victoria corone vuestra sien; y peleando por dar á aquellos pueblos la ventura, yo quedaré rogando á Dios, que mi alma vé desde su altura. Partid, Cárlos, partid: en estas lágrimas, que profusas empapan mi mejilla, y en este lienzo con que el llanto enjugo, recibid de este amor la única prenda

que puede dar la Reyna de Castilla. El Principe.

¡Isabel, Isabel!....

LA REYNA.

Ah!.... separémonos.

A Dios, Cárlos, adios.

EL PRINCIPE.

A Dios, Señora.

LA REYNAS

¿Y vos nada decis, fiel Caballero? El Marqués.

Dejad, Reyna, que bese vuestra mano.

LA REYNA.

A Dios, Marqués, adios: de vos espero que sereis para Cárlos un hermano.

EL MARQUÉS.

Reyna, yo juro sucumbir primero.

Y diciendo, salieron de la estancia; y la Reyna abatida, sobre el cogin sentada, dió á sus lágrimas ya libre salida. De repente en un ángulo apartado varias lúgubres sombras se dibujan: un ¡ay! agudo, horrible, de la Reyna se escapa:

El Rey con ademan dice impasible:

"Temblad" y atravesando
del rico gabinete la ancha puerta,
fueron en pos pasando
el Prelado Espinosa, y luego incierta
en su marcha, una dama,
de espeso velo hasta los pies cubierta.
Todo despareció; la Reyna inmóvil
sobre el cojin riquísimo aun estaba;
y cuando opaca del vecino dia
por Oriente la luz se deslizaba,
inmóvil Isabel alli seguia.

#### II.

Sigue en la noche con furia desatado el vendabal; los truenos y los relámpagos las nubes al desgarrar, el horror de aquellas horas aumentan cada vez mas. El agua, que deslizándose con abundancia tenaz, sobre una acera y sobre otra baja con furia á chocar, no yá arroyos, sino rios

rápida formando vá. La luz escasa que arrojan en moribundo brillar los faroles, esta noche oscila muy mas fugaz. Desiertas calles y plazas; desierto Madrid está, y alguna vez tal cual sombra se vé de priesa cruzar. Las dos ha dado el relói en el Alcazar real, y de aquella inmensa fábrica de construccion tan audaz. se vé la puerta maciza á un embozado franquear. Hasta las cejas cubierto con senda capa ó gaban, en marcha rápida cruza la plaza cuadrangular, En pos de él, otros cuatro hombres salen del Palacio à mas, y emprenden la misma ruta, y á paso rápido van. Cruzan asi varias calles, sin que un acento à turbar venga el silencio que guardan

con resolucion tenaz. De vez en cuando, el primero sintiendo pasos detras, se vuelve: pero los otros, que sus razones tendrán para ello, se detienen sin adelante pasar. Crevendo que de los truenos el estrépito es quizás, ó de la lluvia copiosa el ruido que hace al rodar, vuelve à emprender su camino: y los otros con afan, y con mayor ligereza, vuelven otra vez à andar. El trecho que los separa por grados menguando vá, y con mayor precaucion caminan los de detrás. Llegan de una angosta calle à la oscura soledad, y solo yà algunos pasos entre aquellos hombres hay. Es alli de los faroles la luz aun mas desigual, pues todos casi apagados

ni aun leve reflejo dan, presentando en aquel sitio mas densa la oscuridad. «Vive Dios, que los oidos «me zumban» se oye esclamar al primero, y á sus pasos. då mayor velocidad. Pero de pronto en su espaldasiente de agudo puñal la hoja, que deslizandose viene en el pecho a parar. a; Asesinos!» grita, v quiere con muy resuelto ademan la capa con que se emboza veloz al suelo tirar. Lo logra al fin y su espada fuera de la vaina está, y su punta, el corazon, con presteza sin igual, de uno de los asesinos en dos partes rompe ya, cuando de otra puñalada siente la herida mortal. Por un momento vacila; de su mano antes audaz el hierro fiel se desprende,

viniendo al suelo à parar, Los ojos cierra: una nube cruza por ellos fugaz; su cuerpo al fin se desploma, y oye confusas zumbar estas palabras: «Asi «los traidores morirán, «que osaren dentro su pecho «tales secretos guardar.» Y del puñal homicida, dos veces y otras dos mas, salió humeante la hoja de aquel corazon leal. Cerráronse para siempre sus ojos: su noble faz cubrió de la muerte lívida la palidez funeral. De pronto en la sombra oscura se vén hachones brillar, y sus reflejos en torno disipan la oscuridad. Los asesinos consigo llevando al muerto javan, empiezan con paso rápido su camino á desandar. Avanzan los de las hachas;

llegan al sitio fatal;
«¡Es él!.,» gritan; y al cadaver
llegan la luz con afan;
y del difunto en el pecho,
aunque manchada, brillar
se vé la famosa insignia
de la órden de San Juan.

# III.

Mientras el Marqués de Poza sucumbe à hierro traidor; y sus ojos para siempre se cierran del claro Sol à la luz, en el Alcazar tiene otra escena ocasion. Sobre su lecho, dormido yace el Principe español; su mente alhaga entre sueños brillante y dulce vision, y sus labios se sonrien por esperanzas de amor. Late su pecho agitado por placentera ilusion: y su mejilla cubierta

de sonrosado color, dibuja tinta suave de ventura y de pasion. Arde casi amortiguado el moribundo sulgor de bronceada chimenea, labrada en ancho rincon. y la lámpara apagandose, su postrero resplandor lanza, dejando en tinieblas la gótica habitacion. Mudo silencio alli reina, que de la lluvia el rumor interrumpe, ó de Don Cárlos la suave respiracion. De pronto se abre la puerta, y del Rey Felipe en pos, el Cardenal Espinosa entra, gran Inquisidor. Precédelos el de Lerma, noble de altivo blason. Con ellos marcha el de Feria, y el Comendador mayor, y Ruy Gomez, que gozarse quiere en tan grata ocasion; y vá Don Diego de Córdoba

con repugnancia y horror. Penetran del dormitorio hasta el recinto, y veloz Don Ruy Gomez, se apodera de un arquita que encontró, y donde dicen que están de horrible conspiracion los papeles; mas D. Cárlos al ruido no despertó: y solo cuando en la almohada sintió andar, con estupor abre les ojos, y quédase sin movimiento, sin voz. «Señor Cardenal,» el Rey le dice al Inquisidor: «ahí os entrego á mihijo, «reo de lesa Nacion; «juzgadle por nnestras leves «cual si no existiera yo.» Entonces el Cardenal: «Principe, daes á prision,» le dice, «y seguidme al punto.» - «Dejadme vestir, Señor.» Y la ropa acomodándose con movimiento velóz, una mirada terrible

sobre el Cardenal lanzó. Pero al ver que le faltaba la cajita, en que de amor guardaba prendas queridas, helósele el corazon. y palideciendo dijo: «Señores, ya pronto estoy.» Y con audaz continente al de Espinosa signiò, brillando en aquellos Grandes, escepto en uno, el dolor, por haber contribuido à tan estraña prision. Con cuan distinta esperanza el Principe se durmió... jahl que del hombre los cálculos sueños quiméricos son! A la mañana siguiente, con recelo y con temor, contábase en todas partes el asesinato atroz del Marqués, y de D. Carlos la misteriosa prision.



#### CAPITULO XI.

#### El Padre y el hijo.

En una estancia reducida y triste, donde la luz del Sol nunca penetra, y sus paredes de granito viste de tosco yeso y de menuda cal: un joven de mirada ardiente y noble, de profusa y rizada cabellera, cual muda estátua de robusto roble, yace sentado en rústico sitial.

Escasas horas en dolor sumido, que su altivez y esfuerzo domeñaron, à ese joven ardiente han reducido de la aurora la luz à maldecir.

Asi su labio trémulo se agita, y su párpado oscuro gira incierto, y su frente está pálida, marchita, y tiembla y se estremece al porvenir.

Grosero adorno las paredes cubre, aqui y alli sin órden, sin cuidado, y tanto desaliño nos descubre que es el recinto aquel de una prision: y las argollas que al macizo muro fijas están con fuerza alli incrustadas, para asi sugetarle mas seguro, del pobre encarcelado lazos son.

De tosca mesa sobre el rudo pino, colocada en rincon lejano, estrecho, de una luz el reflejo mortecino se mira entre las sombras deslizar: y de barras gruesisimas cubierta, y de doble cerrojo y cerradura, gime pesada la maciza puerta, sobre los duros goznes al girar.

Aqui yace entregado à sus temores, y à recuerdos tristísimos, sombrios, el Principe purgando sus amores, ó la rabia quizás de una mujer; y no abriga en su alma una esperanza, que es su juez implacable, incorruptible; y nadie su justicia ó su venganza podrá ni separar ni detener.

La verdad ya sin máscara, desnuda, le presenta á sus ojos un abismo, sin que pueda alhagar de incierta duda la mas leve y climera ilusion: ¡No hay remedio!... las horas de consuclo, que le brindó en el mundo su cariño, son un recuerdo mas con que hoy el Cielo desgarra su afligido corazon.

¡Cuan breves à su amor se deslizaron de aquella gloria los felices dias; y cuan tristes y ràpidas llegaron las horas de tormento y de dolor! ¡Alli està!... el que pensó con noble pecho, que lo que el Sol en su carrera alumbra, era ya à su ambicion límite estrecho, era imperio mezquino à su valor.

¡Oh, que es horrible!.. á inmensa lontananza dirigir la mirada vaga, incierta, y un rayo imperceptible de esperanza no poder en el alma adormecer: y temblar de los vientos al bramído, y á los pasos del rudo carcelero, inquieto el corazon, pronto el oido... y esperar, y esperar, y padecer...

Asi van ya sus suerzas, su energia, del tiempo bajo el yugo consumiéndose, y su orgullo, y su juicio y su alegria, van muriendo en pos de ellas á compás; y cuando el alma joven, masa inerte sin valor y sin fé postrada se halle, con su aparato lúgubre la muerte, de aquellas penas se alzará detrás.

Hoy de su cruel, de su fatal destino debe fijarse el término seguro; hoy de su vida el áspero camino, de la aurora la luz na alcanzará; y al sentir en estrechos corredores, de gente que se acerca, las pisadas, renuevanse de su alma los dolores, que entre duda y temor incierta está.

Suenan las llaves, el cerrojo cruje, al correr por las planchas deslizándose, y del sayon al poderoso empuje, gira la puerta con fatal rumor; y de hachones que esparcen luz estraña, y mas horrible la prision descubre, Don Felipe segundo, Rey de España, se divisa en la entrada, al resplandor.

Don Cárlos á su vista se estremece,

y la sangre en sus venas arde altiva, y su dolor y su termento crece la comitiva lúgubre al mirar: pero dió su palabra, y reverente demandará á su Rey perdon y gracia; y con tranquila, con serena frente, fuéle humilde las plantas á besar.

El Principe.

Señor, pues tanta es hoy vuestra iudulgencia, que á consolar venis à un desgraciado, que vuestro labio, solo de clemencia gratas voces pronuncie y de perdon. Un mes en esta carcel, en el suelo descansando mi cuerpo entumecido, la inclemencia sufrí del duro hielo...

¡Oh, Señor: que es horrible esta prision!..

Vea la luz del sol; vea del dia el despuntar benéfico y riente; respire de la flor la lozanía, su caliz aromoso al presentar: oiga el trino sonoro de las aves; sienta el aire cruzar sobre mis sienes, y serán para mi dulces, süaves, los bramidos horrisonos del mar. Señor, aquí me ahogo; aqui mi pecho, como en escasa y triste sepultura, late con pesadumbre, que es estrecho tan breve espacio al alma juvenil: aqui es un siglo eterno cada hora; la atmósfera cargada que se aspira, vá la vida acabando, destructora, con veneno mortífero y sutil.

¡Dadme la libertad!... los anchos mares cruzaré en breve término, lo juro; y abandonando los nativos lares, para siempre de aquí me alejaré. Donde vos me digais, iré obediente, sumiso à vuestras órdenes sagradas;... pero respire al menos otro ambiente, y vuestro nombre ¡oh Rey! bendeciré.

Vos no sabeis, Señor, lo que es del dia no poder divisar la luz brillante; y siempre en noche lóbrega y sombría ver las horas correr con ansiedad; Vos no sabeis lo que es vivir temiendo, sin escuchar la voz de un tierno amigo... ¡Ah que si esto es vivir... es bien horrendo!.. ¡Dadme, Señor... oh... dadme libertad!..

#### EL REY.

¿Y cuando en las tinieblas conspirasteis por arrojarme del Hispano Solio, Principe, responded; jamás pensasteis, que era un crimen mi enojo provocar? ¿O juzgabais acaso que imprudente sufriera vuestro crimen, y que iria desde mi mano el cetro prepotente, tranquilo entre las vuestras á abdicar?

No pensásteis, decidmo, que el enojo de vuestro dueño y vuestro padre á un tiempo, pudiera castigar tamaño arrojo, no ya con su capricho, con la Ley? ¿No pensásteis, que débiles los lazos que á entrambos nos ligaban en el mundo, rotos por vos en frágiles pedazos, le arrojabais al rostro à vuestro Rey?

¿No pensásteis que al hombre y al Monarca ofendiais à un tiempo necio y loco, y que en los Reinos que mi cetro abarca ha tiempo que la luz no se escondió? ¿No temblabais que alzando la cuchilla, súbito os deshiciera en breves átomos?... Sabedlo, pues, en Flandes y en Castilla,

como unico Señor aun mando yo.

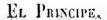
Mas no es solo esto, Principe: liviano llevásteis vuestra vista á grande altura; y aunque pudiera vuestro Rey humano perdonaros la audáz conjuracion; no asi, Principe, el noble caballero puede dejar su nombre mancillado... no me es dado con vos cruzar mi acero;... las leyes juzgarán vuestra pasion.

EL PRINCIPE.

Señor, piedad; si vuestro justo enojo desvanecer pudiera con mis lagrimas, tantas vertiera, oh Rey, que de mi arrojo ni escasa huella se mirára en pos: mas vuestro honor es puro como el dia; como el aura al nacer por el Oriente; locura fué, Señor, la pasion mia... está sin mancha: júrolo ante Dios.

# EL REY.

¡Sacrílego, callad!... no asi del Cielo la cólera irriteis: ¿pensais acaso que estátua fria de inmovible hielo, vuestra dulce entrevista no escuché?...



Señor, soy vuestra sangre.

EL REY.

Está manchada; y cuando corra por mis propias venas, por veneno letal inficionada, de mis venas audaz la arrancaré.

# EL PRINCIPE.

No mas rogar: acabe el fingimiento; si á vuestros pies me visteis hoy postrado, fué porque en tierno y angustiado acento, que lo hiciera una hermosa me rogó. Sé ya hace tiempo mi terrible suerte; sé que de un juicio con la falsa máscara, vengareis vuestros celos con mi muerte: venga á buscarme... no la tiemblo, no.

Pero antes de caer só la cuchilla, que amenaza inclemente mi garganta, oireis mi voz, Monarca de Castilla, sin engaño, sin dolo, sin ficcion. Fué mi primer amor; vos ambicioso me robásteis mi gloria, mi ventura; y el nombre que la disteis de su esposo vino á rasgar mi pobre corazon.



Pero hay un Dios inmenso, incomprensible, y cinco años continuos de tormento, en época mas grata y bonancible trocados de repente los miré.

Tuve un amor, y vos me le robasteis; tuve un amigo generoso y noble, y con hierro cobarde le matásteis... este por mi vuestro desvelo fué.

Yo la amé con delirio: como al sueño ama el mortal de penas agoviado; y porque erais de España altivo dueño, no dudásteis mi amor envenenar: pues bien, sabedlo, la amo todavia, porque escuchó mis ruegos apiadada; y aqui en el corazon, la pasion mia, á su memoria levantó un altar.

padecer de los celos el tormento:
la victima á su vez hoy os provoca;
hacedla en las tinieblas sucumbir.
Nada espero, lo sé: nada me importa
de vuestro enojo cruel, oh Rey, la ira:
la muerte hará mi angustia muy mas corta,
y tranquilo y alegre iré á morir.





# EL REY.

» Principe, basta ya... pronto, llevadle»....
dijo llamando à los esbirros tétricos;
«cual vasallo rebelde sugetadle....
«respondercis al Sauto Tribunal.»

EL PRINCIPE.

Y vos respondereis también un dia de mi muerte ante Dios; y vuestro padre cuenta saldrà á pedir de la falsia que de su trono le arrojó imperial.

- «Basta ya» dijo el Rey; furioso, altivo, el Príncipe siguió á sus carceleros; y continuó el Monarca: «por Dios vivo «que melastima el alma su dolor. «Mas él lo quiso; su fatal malicia «vine dispuesto á perdonar benéfico; «pero ya no hay perdon; de tujusticia «sienta el golpe terrífico, Señor.»

Asi con ronca voz, Felipe dijo; y reverente, humilde alli postrándose ante un tosco y ahumado crucifijo, oró en recogimiento singular. Cuando dejó de estar al fin de hinojos, y á salir de la estancia se aprestaba, se le vió con un lienzo entrambos ojos, de lágrimas copiosas enjugar.

Al fin, de la prision veloz se aleja, y la luz cada vez menos distintos sus resplandores pálidos refleja sobre la tosca cruz del hombre Dios: Y las puertas de nuevo ora volviéndose; y el ruido de los pasos apagándose, por grados insensibles van perdiéndose la luz y el ruido, del Monarca en pós.



## CAPITULO XIII.

#### La Reina Isabel.-('onclusion.

Dos meses han pasado: ya del cierzo irritado al bramido violento queda el árbol robusto deshojado. Es de Octubre el tercero y triste dia: el Cielo está de nubes encubierto, y contra el aura destemplada y fria búscase en el hogar seguro puerto. Sobre su lecho de delor postrada, por recuerdos amantes adormida, con su fatal destino resignada, la Reyna está contando las postrimeras horas de su vida. Es un dolor profundo el que la aqueja: todo en su derredor respira luto, y lágrimas y duelo: en su florida edad el mundo deja, y con párpado enjuto, del corazon que gime no se escuchó ni imperceptible queja. Con efusion, con fé, con esperanza, y con ojo sereno mide del porvenir la lontananza,

y con el pecho de ilusiones lleno, al más allá de la existencia avanza: y el inmenso vacio que sondear à los hombres no sué dado, pierde su aspecto humbrio ante aquel corazon enamorado. Alli la aguarda el que cavó violento de venganza crüel al golpe duro; y el hondo sentimiento que inflecsible los hombres condenaron, tal vez se juzgue religioso y puro. Tal vez alli, del mundo desatados los lazos, con júbilo profundo, pueda, de un bien querido, volar el alma á los amantes brazos, Y solos, sin respeto al ojo suspicaz del cortesano, por ilusion dulcísima mecido el joven corazon, el sufrimiento relegue para siempre en el olvido. Ese es hoy de la Reyna el pensamiento: «Hay mas allá» su religion le dice: y libre de dolor, de pena y susto, su destino bendice, que en breves horas al jardin florido

la arrastrará de la mansion del justo. Un solo pensamiento la avasalla en el postrero dia que esperaba cruzar dulce y sereno: mudo su labio calla, v de su amor la prenda que gozosa sentia, hoy yace inmóvil en su amante seno. A femenil venganza tambien ella cayó: y un golpe solo sumergió en el sepulcro con malicia v con dolo, à la madre inseliz, y al tierno fruto, victimas ambos de rencor insano. La Reyna su pasion alli espiaba; ni una voz cariñosa sus últimos momentos endulzaba, pues en su oido «¡criminal esposal».. era el único acento que sonaba. De repente la puerta se abre al violento empuje de mano audaz; y con la vista incierta, de una dama que sedas y oro cruje, á los pasos la Reyna se despierta. Páli la, funeral, de una hermosura se destaca altanera

la vacilante y tétrica figura. Suella al aire la blonda cabellera, errante su pupila, de aquella estancia al lúgubre silencio, aqui y alli sin direccion vacila. De hondo dolor en su marchita frente la huella está estampada; y de su corazon la llama ardiente sobre su rostro lívido lanzada, se ostenta en su frenética mirada. Fijala al sin sobre el revuelto lecho, donde vace la Reyna de Castilla, y al intenso dolor que despiadado rompiendo está su pecho, la frente audaz humilla. y su rencor domado, dobla ante aquella tumba la rodilla. - «Reyna, Reyna, perdon!.. gritó violenta; «yo tu verdugo soy, yo con villano «labio, la rabia provoqué cruenta «de ese Rey inhumano.... a Perdon, perdon! el sufrimiento mio «que el alma me desgarra, «es de mi crimen inaudito, impio, «continuo torcedor: aqui con fuerte ay con terrible mano, mas sombrio

«hace mi padecer, que si se alzára «ante mis ojos tétrica la muerte.

#### LA REYNA.

Dejadme reposar, muy breves horas me quedan de existencia: dejadme que las goce encantadoras, y de un Eden que crueles me robaron, las mire en otro mundo precursoras.

# LA PRINCESA,

¡Ah ne!... de mi tormento venga à aliviarme vuestro dulce labio: ved que el remordimiento despierta y en ensueños me tortura: ¡yo labré vuestro agravio: yo labré vuestra eterna desventura!....

# LA REYNA.

Dejadme ya, Princesa: de este mundo todo ya desparece ante mis ojos; fué mi vida un camino sembrado de malezas y de abrojos: ya acaba mi destino: ya mi ûnica esperanza de Dios se cifra en el amor divino. Yo á padecer viví: las pocas flores que débiles nacieron, al soplo abrasador de mis amores

en la nada del tiempo se perdieron,
y abundantes se alzaron
de sus cenizas, penas y dolores.
¡Ya no son!... mas terribles marchitaron
la esperanza que un dia
dentro del corazon nació brillante;
y hoy que de la agonia
sintiendo estoy el dardo penetrante,
cobran su lozania
de mi martirio en el supremo instante.

LA PRINCESA.

¡Ah, Reyna; que ese acento
como un puñal agudo aqui se clava,
y mas duro y violento
hace el suplicio horrible
que sin piedad con mi razon acaba.
¡Perdon, Reyna, perdon!... á vuestras plantas
mis maldades hoy lloro;
vuestras palabras santas,
cual bálsamo á mi alma las imploro!....
Yo le amé, oh Reyna; desdeñoso, altivo,
mi súplica amorosa rechazando
con ademan esquivo,
fué el alma desgarrando,
y una por una, de mi amante pecho
las ilusiones todas arrancando.

Una empero abrigaba: del porvenir en miseliz estrella imbécil confiaba. sin advertir que à embarazar mi huella la imagen de Isabelse levantaba. Reina, vo os escuché. De mi martirio creció la llama, y diques ni respeto. conoció desde entonces mi delirio: otra gozaba de su amor la palma; otra con mano impia vino à arrancar del alma la última flor de la esperanza mia. Juré vengarme, oh Reyna, y me he vengado: y ese placer que rápido y sereno. esperaba gozar, ha derramado. dentro del corazon letal veneno. El me abrasa, me mata, me aniquila; y cuando al blando sueño se cierra fatigada mi pupila; y cuando de otro dueño descanso entre los brazos agitada, me persigue, Isabel, con mas empeño. ¡Ah, que vos no sabeis todo el delito! vos no sabeis, oh Revna, que arrastrada de amor por la ira loca, por un fuego maldito,

tornado ya mi pecho en dura roca, nada se opuso á mi furor precito. ¡Yo al Principe maté!... de vuestros lazos convertí la cadena, con mis manos, en frágiles pedazos. De rencor y de ódio el alma llena yo me arrojé del Rey entre los brazos, sin placer, sin dolor, sin fé, sin pena. ¿Qué faltaba al impio, al rencor infernal del pecho mio? Un paso nada mas, uno tan solo, y lograba completa mi venganza; era fuerza arrojar en ella el dolo para inclinar ligera la balanza; pues bien, no vacilé: con alma fiera el término toqué de mi carrera; y en esa Corte, que la vida enluta, vuestra lozana y fresca primavera miré agostarse con pupila enjuta. Todo cede ante mi; mas hoy tornando del vértigo fatal que me estravia, héme ante vos llorando, héme en vuestra agonia perdon humilde, oh Reyna, demandando. LA BEYNA.

Callad, callad, Princesa; no á mi oido



traigas esa memoria, dulce recuerdo de mi amor perdido. Pasó, pasó la gloria de ese cariño que la vida encanta, y solo de la muerte ante mis ojos la fatídica sombra se levanta: dejadme, pues, que en calma, á Dios que me la dió rinda mi alma.

LA PRINCESA.

¡Perdon, Reyna, perdon!... de las bondades no me hagais que yo dude del Altísimo... perdon á mis maldades...

LA REYNA.

Siento un fuego agudísimo
que vá mis venas rápido quemando...
¡Oh, cuan horrible y fiero
es este ardor!.. ¿No ois?.. ¡me está llamando!..
Decid al Rey que muero
perdonando su error ó su falsía:
pero ¡ay! si justiciero,
de la muerte del Príncipe y la mia,
y del angel que llevo en mis entrañas,
Dios le pidiese cuentas en su dia!...

LA PRINCESA.

¡Perdon, perdon!...



Y vos, que ora triunfante de Felipe moveis à vuestro antojo el alma de diamante: ¡ay de vos si su enojo llegais à provocar; la tumba fria no será à su rencor puerto bastante!...

LA PRINCESA.

¡Por piedad, perdonadme!... ved mi llanto; mitigue mi martirio vuestro encono: ¡Isabel, compasion!... ved que mis fnerzas van por grados gastándose!....

LA REYNA.

Os perdono!....

LA PRINCESA.

¡Gracias, gracias!...

LA REYNA.

¿Acaso el pecho mio fué mas fuerte que el vuestro? ¿En esta lucha, que lágrimas y sangre vá dejando, desplegué en mi defensa yo mas brio? ¿Mas no le ois que con acento blando me llama á si.....

LA PRINCESA.

¡Señora!....

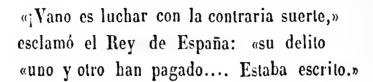
## LA REYNA.

Vos à mis pies, oh Principe, llorandol...
¡Donde estoy!... este fuego... me consume...
es un volcan violento...
que penetrar hasta mis huesos sientol...
¡Alli está!.... Santo Dios.... es la agonía...
Señor.... Señor.... recibe el alma mia!...

Dijo la Reyna, y espiró. Postrada al pie del lecho, muda, con la pupila incierta, por el dolor el alma desgarrada, la Princesa está yerta; y en su ademan, y en su faz sombria, de los remordimientos roedores, con su mano tardia, vino á estampar el tiempo los rigores. Un jay! agudo, horrible, de su pecho saliendo, de aquel dolor terrible es la única espresion; y sucumbiendo al interior combate, sobre el suelo cayó, muda, insensible.

#### Conclusion.

Asi murió en su verde primavera Isabel de Valois, que en hermosura sué en Europa, en el mundo tan primera cual sué en la desventura. Del Principe la suerte algun tiempo velada por la sombra estuvo, mas despues aun de su muerteal causante se nombra. Hay quien dice, que loco. su fin en las prisiones anhelando, sucumbió poco á poco. Dicen otros, que altivo desgarrando sus venas con violencia. de su padre inclemente cumplió desesperado la sentencia. (5) Cuando al sepulcro frio, del que su heredero. y vió agostado en flor su noble brio, el féretro llevaban: y cuando de su esposa supo despues la muerte, en tan temprana edad; con faz llorosa:







# movas.

8

[1] Ajustadas ya las bases del tratado de Chatcau Cambresis, una de las cuales era el casamiento de D. Carlos con la Princesa Isabel, hija de Enrique II de Francia, murió Maria de Inglaterra, esposa de Felipe II, y este pulió entonces y obtuvo para si la esposa destinada para su hijo.

(2) En la fecha en que se celebraron los desposorios difieren tambien los autores: unos dicen que fué el 31 de Encro: otros el 1.º de Febrero de 1560 y otros no fijan dia.—Hemos admitido

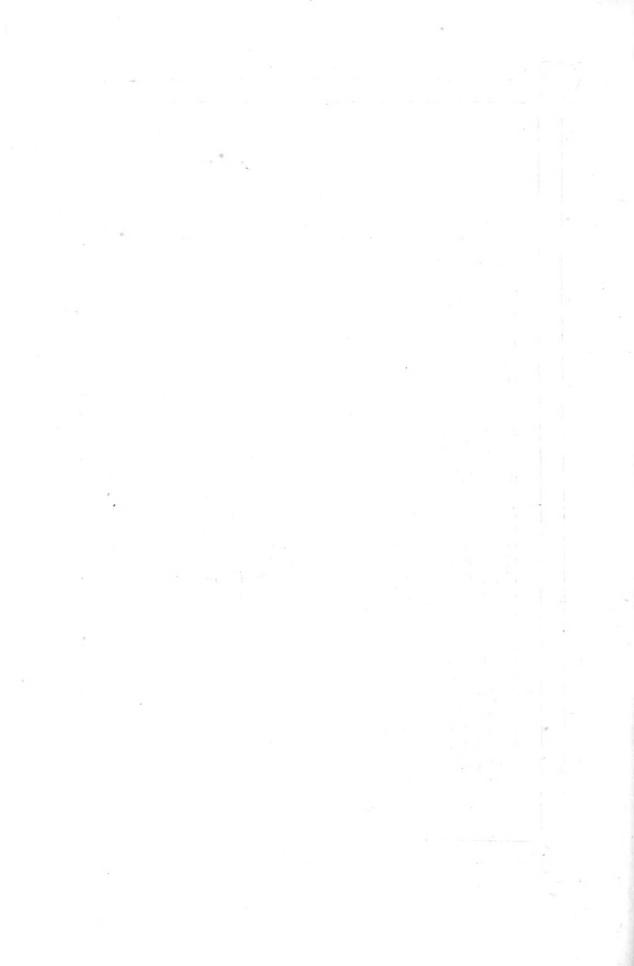
el dato mas acreditado.

(3) Para escribir todo este cuadro he tenido presentes algunas lineas de un M. S. que existia en un Monasterio de la provincia de Burgos.

(4) Dicho històrico.

[5] Dificil fuera fijar con certeza el genero de muerte á que sucumbio el infortunado Principe Don Cárlos. Todos los autores difieren en este punto. Unos aseguran que fué entregado á la Inquisicion, y que este tribunal le juzgô. Otros que encerrado en un calabozo (y esto es lo mas admitido) se entregò sin rienda á los desvarios de su estraviado juicio, bebiendo agua de nieve á todas horas, comiendo fruta verde, durmiendo sobre hielo, andondo desnudo y descalzo por el frio pavimento, de resultas de lo cual contrajo una maligna calentura que le condujo al sepulcro. Otros dicen que sentenciado á muerte y firmada la sentencia por su padre, fué ejecutada ahorcandole con un cordon de seda, segun unos; y abriendole las venas en un baño caliente, segun otros. En lo que convienen todos los autores es en el caracter desasosegado é inquieto del Principe, en sus proyectos de fuga para ponerse á la cabeza de los revoltosos de Flundes; y aunque muchos callan sobre este punto, resaltan bastantes indicios de los hechos, y de la premitura y misteriosa muerte de la Reina Isabel, para suponer que su corazon no fué insensible á la pasion del Principe, y que quizas tuviera esta alguna parte en et lastimoso sin de entrambos.





# INDICE.

00

Primera partc.	1	Páginas.
CUATRO PALABRAS AL LECTOR		5
Capitulo 4.º Paris	•	g
2.º Bruselas		18
3. ** Relacion	•	$5\theta$
4. · Cuatro meses despues	•	56
5.º El 51 Enero de 1560	•	51
Segunda parte.		
Introduccion	•	75
Capitulo. 6.º El Monasterio de Tuste		82
7.º La carta y la llave	·•	400
8.º Un desengaño en amor	•	415
Tercera parte.		
EL AUTOR AL LECTOR		155
Capitulo 9.º Felipe II y la Princesa de Eboli	į.	440
10. Los dos amantes y el amigo		159
14. El Padre y el hijo		
12. La Reina Isabel. Conclusion		
Notas		205

